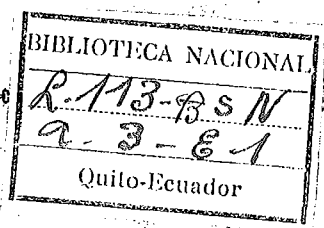


*Para el Concurso Histórico Literario del
centenario del Jubilar de 1930. (Foes dramas historicos)*

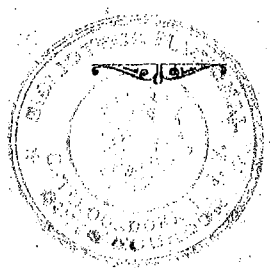
812



TARQUI

DRAMA EN TRES ACTOS

ANTONIO RODRIGUEZ S.
PRESBITERO



1929

Antonio Rodriguez S. Pro.

PERSONAJES

General Sucre

General Flores

Coronel O' Leary

Fernando Pasán, escolar

Cura Toledo

General La Mar

General Gamarra

General Plaza

Capitán Torrico

Luis:

niños

Juan:

Tadeo, criado

Soldados

La escena es en Tarqui y sus contornos.

La acción principal en Febrero de 1829.

ACTO I

Galería de una casa de campo.— Al fondo montes

ESCENA I

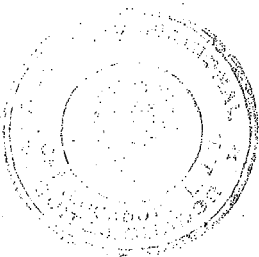
General La Mar, Capitán Torrico

La M. Capitán Torrico, tiene valor?

Tor. ¿Cómo para qué?
General La Mar, bien sabe
que nunca el tirano miedo
me ha cogido entre sus garras,
y que, sin freírlo, puedo
tragarme al demonio vivo.

La M. Bien lo creo; estas proclamas
haga que sean leídas
por las tropas colombianas.

Tor. Está bien, mi General.
Entregado a su servicio
con la mayor lealtad,
este día el mismo Sucre
con atención las leerá.



ESCENA II

Capitán Torrico

Buenos son los colombianos,
que se van a desertar
con los gritos de La Mar,
y pasar a los peruanos!
Pero es necesario leer
una proclama siquiera
para mostrar donde quiera
su valor y su poder,

(lee)

Soldados valerosos de Colombia:
Las fuertes armas del Perú no vienen
devastación trayendo ni la muerte;
sino la libertad radiante y bella,
que ilumina a la Patria con sus rayos.
La América infeliz está en peligro

de perder, en un día solamente,
cuatro lustros de gloria y sacrificio;
mas la América entera se levanta
a destruir los quiméricos delirios
de la ambición proterva y delincuente
sino mirad como Colombia se alza
y acomete a la casa del tirano,
desbarata su guardia mercenaria
y le busca con ansia y le persigue;
y Bolívar en fuga vergonzosa
logra salvar su mísera existencia.
El colombiano mar nos pertenece;
y en mar y tierra se levanta el grito
de libertad, que piden los patriotas.
Pueblos del Ecuador, que habéis brillado
por vuestro fervoroso patriotismo,
y que sois el orgullo de Colombia,
destrozad las coyundas del tirano.
Soldados, cuyas armas han lucido
en Pichincha, en Junín y en Ayacucho,
no empleéis vuestras armas victoriosas
en una lucha vana, decretada
por la ambición funesta de Bolívar.
Desertad de esas filas degradadas,
y uníos con amor a los peruanos,
que la brillante libertad os traen,
en sus gloriosas, invencibles armas.

Con esta ardiente proclama
van a caer de las manos
los fusiles colombianos.

ESCENA III

La Mar y Gamarra

La M. ¿Va el ejército contento?

Gam. Con enardecido pecho,
marcha alegre y satisfecho,

La M. Orgulloso yo me siento,
Mariscal Gamarra, al ver
que conduce con su espada
a esta tropa afortunada

al ruín tirano a vencer.
 El ejército peruano,
 con sus vibrantes trompetas
 y lucidas bayonetas,
 viene a destruir al Tirano:
 a Bolívar, monstruo horrendo,
 que, con ambición ingente,
 engaña a su pobre gente
 que es Libertador diciendo.
 ¡Infatuado, vil, infame!
 ¡No sabe qué es Libertad
 para que con necedad
 Libertador se proclame!
 El, con su loca ambición,
 busca sólo su interés,
 y con sus pesados pies
 pisotea a su Nación;
 y la encuentra tan pequeña,
 que, con sus tristes banderas,
 quiere ensanchar sus fronteras
 hasta la tierra limeña.
 En esa indigna proclama
 con furor nos amenaza,
 del Perú hacer tabla rasa,
 y hasta pérfidos nos llama.
 Pérfido es él, que nos hizo
 promesas de libertad,
 y que, con toda maldad,
 como el humo las deshizo.
 Pérfido es él, que, burlando
 de la ley la primacía,
 robó la soberanía,
 a los pueblos engañando.
 Pérfido es él, que aceptar
 les obligó, con su espada,
 su constitución menguada,
 que les hace avergonzar.
 ¡Y pérfido es el Perú?
 Declaro, con evidencia,
 del mundo entero en presencia,
 por vida de Belcebú,
 que es muy pérfida la mano,
 que tal injuria escribió;
 y que con ello afirmó
 ser verdadero tirano.

Gam. General La Mar, bien sabo
 que con mis huestes marchó,
 y sin luchar arreglé
 un asunto de sí grave.
 Allende el Desaguadero
 Bolivia triste gemía,
 bajo la atroz tiranía
 de un despótico extranjero:
 de ese Sucre, que instrumento
 es en manos del Tirano,
 que busca el suelo peruano,
 con dañado pensamiento.
 Bolívar ufano dice
 ser Bolivia su hija amada;

mas Bolivia avergonzada
 le detesta y le maldice.
 Esta, en la opresión sumida,
 al Perú tendió las manos;
 y los salientes peruanos
 le dejamos redimida,
 sólo con nuestra presencia;
 y al punto la libertad
 brilló en toda su beldad,
 desde su altiva eminencia:
 la libertad verdadera,
 que no pone en servidumbre
 a la incauta muchedumbre,
 como la ambición artera.
 Sucre humillado, aturdido,
 con el brazo diestro roto,
 En un oscuro alboroto,
 de Bolivia anda corrido.

La. M. Si esto se llama agresión
 ¿qué nombre merece aquél,
 que, con guerra aciaga y cruel,
 no da paz a su ambición;
 y tiene ansias de mandar,
 desde el Orinoco ardiente
 al Pilcomayo corriente,
 por siempre, sin descansar?
 Bien haya el Perú, que un día
 rompió, con valiente mano,
 Esa CARTA del Tirano,
 que tanto la envilecía.
 Sea borrado de la tierra
 de los tiranos el nombre;
 y no quede ni un solo hombre
 sin alistarse a la guerra.
 Antes que esclavos vivir
 muramos todos con gloria,
 para que pueda la historia
 nuestros hechos aplaudir.
 Vamos con valor unidos,
 en esta noble jornada,
 con nuestra luciente espada
 a destruir a los bandidos.

Gam. ¿Y Bolívar dónde está,
 que, con osada vehemencia,
 decía que su presencia
 señal de guerra sería?

La. M. En negra noche salvado,
 para mal de su Nación,
 del puñal de salvación;
 Bolívar es más odiado.
 López y Obando, en Patía,
 sin ambición, ni egoísmo,
 se lanzan con heroísmo
 contra su cruel tiranía.
 Y ante la tupida valla,
 por estas huestes formada,
 Bolívar no podrá nada,
 con su bárbara metralla.

Gen. Y al ver nuestras bayonetas
del Pezador los soldados
se esconden aterrorados,
de los Andes en las grietas;
porque Suero sin ventura
se ha de acordar enseguida
que casi perdió la vida,
de Bolivia allá en la altura.
Y esos soldados glorioso,
que ahí le hicieron aterrar,
vienen con él a lidiar
más confiados y animosos,
conducidos por mi espada,
que como en Bolivia gloria,
les dará aquí la victoria,
de laureles coronada.

¡Guerra a los tiranos!

Todos (dentro). ¡Guerra!

ESCENA IV

La Mar

Me dicen que soy cuencano,
y que no puedo, en razón,
según la Constitución,
mandar al pueblo peruano.
Pues, que se enciendan las guerras,
con el pretexto liviano
de derrocar al Tirano;
y adquiriré nuevas tierras;
que el pecho es volcán de fuego,
y el volcán gigante pecho,
con el cielo a lidiar hecho,
o, a vivir en el sosiego.
Yo llevo dentro de mi
una pavorosa hoguera,
dispuesta a lanzarse afuera,
con horrendo frenesí.
Salga al punto embravecida
al cielo la ardiente llama,
y adquiera, para la fama
irradiación más lucida.
Yo con mi robusta mano
encenderé cruda guerra,
y le haré rodar por tierra
al coloso americano.
Y las peruanas banderas,
por el viento acariciadas
dejarán muy bien trazadas
En Juanambú sus fronteras.

ESCENA V

Generales La Mar y Plaza

La M. General Plaza, bastantes
logros hemos andado,
por tortono colombiano;
y no asoma ni un soldado,
que a nuestra marcha se oponga.
¿Dónde Bolívar está,
que, con decantado brío,
decía que su presencia
en estas tierras del Sur,
señal de guerra sería?
Los habitantes honrados
del país, que ya pisamos,
gustosos nos dan los brazos;
y nos reciben en ellos,
como hermanos muy queridos;
porque saben que venimos
a su casa, no a saquearlos,
ni a imponerles duro yugo;
sino a arrojar de este suelo
a los fieros partidarios
del Dictador de Colombia,
que, con sus pechos de tigres
sólo la muerte respiran.

Pla. Tengo noticia que vienen,
iluminando los valles,
y los riscos y montañas,
con brillantes bayonetas,
que espejos del sol se muestran
donde el sol se ve su rostro,
multitud de combatientes,
y caballos muy briosos,
hijos del fuego y del viento,
impacientes por lanzarse
sin miedo alguno, a la guerra.

La M. ¿Y las proclamas que yo
a las huestes colombianas
dirigí? Ningún efecto
han podido producir?

Pla. Con el Capitán Torrico
las hice yo repartir,
de manera que llegaron
a su seguro destino.

La M. ¿Y llegarán?

Pla. Ciertamente

La M. ¿Con propicio resultado?

Pla. Es probable; pues la triste
situación, en que se encuentran,

es parte, a que se desiertan,
o se pasen a los nuestros.
En el Norte los patriotas
Obando y López en armas
se levantan valerosos,
para derrocar al suelo
la ominosa dictadura
de Bolívar, que salvó,
en la noche de Septiembre,
del puñal de los patriotas,
que la salud de Colombia
anhelaban con su muerte.
Si retroceden un poco
del valle ameno del Cauca;
en los peñascos de Pasto,
que al cielo sus crestas alzan,
como obeliscos y torres,
dónde gigantes habitan,
que forjan, activos armas;
se harán fuertes hasta tanto
que nuestros cañones lleguen
a darles presto socorro,
Guayaquil por otra parte,
está en poder de nosotros,
y las banderas peruanas
en sus torres se enarbolan.
Nuestras naves victoriosas,
como ciudades flotantes,
surcan la undosa llanura
del ancho mar colombiano.
Y subiendo el río arriba
a Guayaquil la custodian,
como a la perla más cara
de los cofres de Colombia.
Y Guayaquil adornida
está en poder del peruano,
a la sombra de sus palmas,
de donde el viento agitado
arranca dulces murmullos,
que con las ondas del río
diestramente se acompañan.
Las tropas, que han sido vistas,
y que hacia nos se dirigen,
es imposible que puedan
por sí solas sostenerse.
Y así, creo que se acercan
a deponer los fusiles,
y a entregarse en manos nuestras;
aunque recelo que Sucre.....

La M. A Sucre le han dado nombre
nuestras fuertes bayonetas,
en las cumbres del Pichincha,
y en los campos de Ayacucho;
en donde la Independencia
sellé yo con esta espada.
Sin los fusiles peruanos,
General Plaza, por Dios,
Sucre ¿qué poder alcanza?
instrumento de Bolívar,

con nombre de Presidente;
tiranizaba a Bolivia.
A derrocarle del solio,
a romper la tiranía,
nuestras bayonetas fueron.
Y al ver de lejos los rayos,
que los aceros mandaban,
reflejos del sol brillante;
huyó envuelto en la vergüenza,
llevando herida la diestra
por una bala, que airada
salió de su misma tropa.
Dígame, General Plaza,
¿cuál es el poder de Sucre
ante las huestes peruanas?
¡Ah! tiembla en presencia nuestra,
y busca donde ocultarse
como el gorrión cuando se halla
delante del gavián.

Pla.

Aunque Sucre convertido
en tigre hambriento viniera,
ensordeciendo los aires,
con espantosos rugidos,
a cuyo eco la montaña
temblara despavorida;
y aunque sus bravos corceles
oprimieran con sus cascos
las llanuras de Los Andes;
el valor peruano a todo
se opondría con denuedo,
como las rocas enhiestas
a los embates horrendos
de las hondas gigantes, que,
arrojando blanca espuma,
quieren lanzarse atrevidas
más allá de sus linderos.
Y así, General La Mar,
bien hace en estar seguro
de conseguir la victoria
sobre las menguadas huestes,
a quienes Sucre las guía,
con su despreciable espada.
El se cree todavía
que la voluble fortuna
le acaricia; y la victoria
va a coronar a sus armas,
esclavas de la injusticia.
Mas se equivoca del todo;
y como ardiente peruano,
que siento el fuego en mis venas
de encendido patriotismo,
General La Mar, le pido
que me ponga a la vanguardia,
para vengar las injurias,
que el Tirano de Colombia
ha dirigido insolente
a mi Patria idolatrada,
a cuyo servicio se halla
esta mi valiente espada,

[que sabe teñir en rojo
los campos de verde grama.]

La M. Hágase, General Plaza,
lo que usted con noble pecho
me pide en estos momentos
solemnes para la Patria,
que, con los ojos llorosos,
dando al viento los cabellos,
nos pide que le saquemos
victoriosa de esta empresa.
¿Quién de la Patria no escucha
sus lastimeros quejidos?
Oh mi Patria idolatrada,
Diosa de inmortal belleza,
que con mano cariñosa
consuelas a los mortales;
y en magnífica abundancia
beneficios las derramas,
a tu voz venimos todos
a formar con nuestros brazos,
a tu alrededor un muro
alto, fuerte, inexpugnable,
dispuestos, por tu defensa,
a derramar a torrentes
de nuestras venas la sangre.
Yo mismo saldré en persona
a los campos de batalla,
a conseguir, según veo,
triunfo fácil y glorioso.
Los valientes de Colombia,
los que han luchado con gloria,
en cien campos de batalla,
para darnos con su espada
libertad e independencia;
están con nosotros listos
a derrocar al Tirano,
que, con falsos juramentos,
ha provocado las iras
de los cielos y la tierra.
Sí; volemós al combate
puesto que a él nos compromete,
contra nuestra voluntad,
la audacia del enemigo,
perturbador de la paz.
Los soldados ¿cómo están?

Pla. Marchan bien disciplinados,
a pesar de que han tenido
que andar inmensas distancias,
cruzando ríos y abismos,
salvando los ventisqueros,
y soportando pacientes,
los rigores del invierno.

La M. Más valor hay que infundirles,
y mostrarles, con el dedo,
que está cerca la victoria;
y que al són de las trompetas,
y redobles de tambores,

y repiques de campanas,
coronados de laurelos,
entrarán muy presto a Cuenca;
y a paso de vencedores
así mismo irán a Quito.

Pla. Aguardan todo esto.

La M. Bien.

ESCENA VI

General La Mar, Capitán Torrico

La M. ¡Hola! Capitán Torrico,
que decía usted que puede
comer sin freír al diablo.
¿Qué novedades me trae
de los campos recorridos?

Tor. No me he dormido un instante;
y las vibrantes proclamas,
hijas de su ardiente pluma,
han llegado ya a las filas
del ejército enemigo.

La M. ¿Y se ha conseguido?

Tor. Mucho;
pues las tropas descontentas
de sus jefes y oficiales,
a quienes como traidores
los tienen de su Nación,
principian a desertarse.

La M. ¿Es posible?

Tor. Como me oye.
Muchos bravos granaderos
del regimiento Junín
se han pasado a nuestras tropas.

La M. ¿De modo?

Tor. Que sus proclamas
van a ser, según infiero,
como las sacras trompetas,
que con fuerte, alegre són
derrocaron victoriosas
los muros de Jericó.

La M. ¿Tanto, Capitán Torrico?

Tor. Sin mentirle ni un adarme;
pues sé de fuente segura

que en las filas enemigas
se pide a voces la paz.
Y Sucre les ha ofrecido
en tratos con usted entrar.

La M. Se estremecen, cual las hojas,
agitadas por el viento,
los enemigos audaces
de la santa libertad.
No hay paz para los tiranos;
y sean todos ahogados,
sin miramiento ninguno,
en un mar de roja sangre.
Capitán Torrico, vamos
a alentar a los soldados.

Tor. General La Mar, le sigo.

ESCENA VII

Capitán Torrico

Yo sí, no puedo mentir,
tengo horror a los fusiles
de estos fieros colombianos;
y quisiera venturoso
que las paces se firmaran,
para evitar que la sangre,
inútilmente se riegue;
porque bien puede una bala
abrir una estrecha puerta,
por donde se fugue mi alma;
y así, yo a la paz me avengo;
pues amo tanto a la vida,
que francamente quisiera
vivir hasta el fin del mundo.

ESCENA VIII

Sucre y Torrico

Suc. Capitán peruano ¿dónde
está el General La Mar?

Tor. No lejos se halla de aquí.

Suc. Pudiera yo, prisionero
detenerle; porque riega
las proclamas de La Mar
en las filas colombianas.
Mas la libertad le doy.
Monte en su corcel fogoso,
por su blancura de nieve,
por sus alientos de fuego,

de bronce por sus cernejas,
cruce por mi campamento,
cuente si quiere afanoso
el número de soldados
y en alas del raudo viento,
vuele a decirle que Sucre,
del Libertador en nombre,
en sus bayonetas trae
no la guerra destructora;
sino la paz bienhechora,
que con sus alas cobije
las dos naciones hermanas;
y la América asombrada
contemple el abrazo estrecho
en aras de la concordia.

Tor. Le diré cuanto usted dice;
y ojalá la paz bendita
descienda sobre las armas
antes que en sangre se tñan.
Pronto vuelvo.

Suc. Aquí le aguardo.

ESCENA IX

Generales Sucre y Flores

Suc. Bien sabe, General Flores,
cómo me hallaba dispuesto,
sin fingimiento ninguno,
cuando supe la invasión
del ejército peruano,
a combatir por mi Patria,
como el último soldado,
en el puesto en que el Gobierno
se dignara señalarme.

Flo. General Sucre, su espada,
que ha brillado en las batallas,
desde el Orinoco ardiente
hasta el Potosí nevado,
derramando por doquiera
de libertad resplandores;
no era justo que blandida,
en estas aciagas horas
de llanto para la Patria,
entre las últimas fuera.
Yo conozco la pujanza
de su brazo victorioso,
que a Colombia ha dado gloria,
señalando la Independencia,
en los campos de Ayacucho;
y que ha roto las cadenas
de los ingratos peruanos;
y ha dado ser a Bolivia.
Y aunque ese brazo fue roto
por instigación peruana,

no ha sido roto por eso
el valor que le coloca,
sólo después de Bolívar,
sobre los grandes guerreros,
que, con sus limpias espadas,
ganaron la Independencia.
Bien haya el Libertador,
que le puso a la cabeza
de nuestras valientes tropas;
porque sabrá conducir las,
con soberana destreza,
a la paz o a la victoria.....

Suc. Con Generales, que tienen,
como usted, General Flores,
dentro del pecho la llama
de ferviente patriotismo,
a cuyos claros fulgores
la espada más brillo cobra,
como el sol en la mitad
de su refulgente esfera;
sobre nuestras bayonetas
llevaremos la victoria,
al són robusto y alegre
de los clarines guerreros.

Flo. La ingratitud y perfidia
de los indignos peruanos
que nos levantan la guerra,
con la injusticia más grande;
cuyo Presidente viene,
desde Lima, con designios
de restaurar el imperio
de los Incas poderosos;
y llevar sus estandartes
de Juanambú a las riberas;
serán ¡pobres! destrozados
en una sola batalla.
Y aquellos que gloria buscan
volverán tristes a Lima.
si es que la vida les queda,
con la ignominia en la frente,
y la vergüenza en la cara.
Así la profanación
pagarán de nuestra tierra
los infelices esclavos,
a quienes les libertamos;
y que atrevidos intentan
su ley odiosa dictarnos.

Suc. Fatigado por la gloria,
en cien batallas ganada,
a la sombra de la vida
privada, determiné
descansar en santa paz;
que éste ha sido en todo tiempo
el voto ardiente de mi alma.
Y así, no quise aceptar
el mando de estas provincias,

que el Gobierno me entregaba.
Usted, Capitán bizarro,
(sin palabras de lisonja,
lo declaro en su presencia)
mandaba con harto brío
el Ejército del Sur;
Mas al ver que los ingratos
enemigos extranjeros,
que la libertad nos deben,
han hollado nuestras tierras;
vengo al campo del peligro,
a ponerme a la cabeza
de los valientes soldados,
que son la preza de Colombia.
Son necesarias, sin duda,
para la honra nacional,
una espléndida victoria,
o una paz honrosa y digna.
Al enemigo la paz
le hemos ofrecido ya;
la victoria en nuestras lanzas
y bayonetas llevamos.

Flo. Orgulloso está La Mar;
porque, puesto a la cabeza
del ejército invasor
Ninguna valla a su paso
se le ha opuesto aquí en el Sur;
y es muy difícil que acepte
la paz, que le presentamos;
porque ha de creer que lo hacemos
llevados sólo del miedo.
Sea borrado de los tiempos
el día, en que nació en Cuenca,
para baldón de la Patria,
el desgraciado Lamar.
Aquí, estos campos azuayos,
donde los poetas cantan,
como las canoras aves,
en la frondosa enramada;
van a ver, como testigos,
la gloria de nuestros bravos,
y el oprobio del peruano.

Suc. Si la paz La Mar no acepta,
con dolor verá la América
que él sólo la culpa tiene
de la sangre, que a torrentes
va a correr precipitada,
por los montes y los prados

Flo. El sólo será el culpable
de esta dementada guerra.

ESCENA X.

General Sucre y Coronel O'Leary

O'Lea. Inútilmente la paz
le ofrece usted al peruano;
pues largo tiempo le ofrezco,

y si me escucha siquiera,
cuantas veces le he pedido,
como Enviado Extraordinario
del Libertador Bolívar
salvo conducto para irme
a tratar la paz en Lima.
Y siempre me ha respondido
con rodeos y evasivas,
confiesa que ama la paz,
y que detesta la guerra;
mas no da ni un solo paso
para arreglar diferencias
y obviar las dificultades.

Suc. Coronel O'Leary, al menos
nunca serán responsables
nuestras armas justicieras
de los males de la guerra.

O'Lea. El Gobierno del Perú,
en cuyas manos ha estado
el evitar estos males,
será el único culpable
ante Dios y ante los hombres
de esta guerra fratricida,
que en verdad la ha principiado
de una manera inaudita.
Una tarde, cuando el sol,
envuelto en purpúreo manto,
en el hondo mar se hundía;
al mando de Guise que lleva
un volcán dentro del pecho,
la escuadra peruana llega,
con ágil proa rompiendo
espumas de blanca plata
de las ondas entorchadas;
y a las llamas destructoras
entrega la fortaleza,
que valiente nos resguarda;
y luego, frente a la plaza,
el feroz Vice-Almirante
pone a las Naves, traídas
por el viento lisonjero;
en donde lluvia de fuego
lanzan, con horrible furia,
las máquinas infernales
de fusiles y cañones,
que, con su negra humareda,
ocultan la faz del cielo,
con el fin de sepultarla
a la ciudad en sus ruinas.
El sol tristemente muere,
en los brazos de la tarde,
por no ver tanta ignominia.
Destruídos quedan los templos,
los monumentos rodando,
en pedruzcos por el suelo,
y destruidas las casas.
Las delicadas doncellas,

que son esplendor y gloria,
y el adorno el más hermoso
de la ciudad sin ventura;
las esposas y matronas,
y la niñez inocente,
descompuestos, los cabellos,
la faz pálida y marchita,
y vertiendo de sus ojos
llanto amargo y abundoso,
andan tristes por los campos,
por no ver a los peruanos
de la ciudad adueñados
Tintas de sangre inocente
las ondas están del río;
y los ancianos lamentan
la desdicha sin ejemplo.
Mas el honor nacional
ha quedado sin mancilla;
y las armas de Colombia
nuevo lustre han adquirido.
Yo mismo, con esta espada
animaba a la defensa
a un puñado de valientes,
que resistió con denuedo
a las fuerzas enemigas,
mayores en infinito,
hasta hacerlas retirar
con sus naves averiadas.
Mas Guise, encendido en ira,
como tigre, a quien la presa
se le escapa de sus garras,
vuelve otra vez al combate;
y en castigo de sus hechos,
encuentra horrorosa muerte
en las balas, que le envían
los heroicos colombianos,
que con honor se defienden.
Guayaquil cayó a la postre,
sólo al número rendida
de sus muchos sitiadores;
mas los bravos colombianos,
se retiraron batiendo
con valor, como los Partos.
Desde entonces las banderas
flamean del enemigo,
en las torres solitarias;
y los bajeles peruanos
rompen osados las ondas
del ancho y lloroso Guayas.

Suc. ¡Succosos desventurados!
No me hable más; que en el pecho
salta el corazón airado,
al recordar las infamias
de los rebeldes ingratos,
a quienes les concedimos
Libertad con nuestras armas.
Pronto, Coronel O'Leary,
Guayaquil ha de ser nuestra,
sino en la paz en la guerra.

O'Lea. En la paz es imposible;
 porque el soberbio La Mar
 no querrá de ningún modo
 entregarnos Guayaquil.
 Y sin la ciudad hermosa,
 del Mar Pacífico Perla,
 engarzada en la diadema
 de la juvenil Colombia,
 es imposible la paz;
 no hablemos, por tanto, de ella;
 porque, si con ansia viva
 la he deseado, hoy prefiero
 ver en ruinas a Colombia,
 y no un horrible Tratado,
 nos queda sólo la guerra.
 Y a Guayaquil la cautiva
 nuestras armas victoriosas
 la recobrarán en Lima.

ESCENA XI

General Sucre, Capitán Torrico.

Suc. ¿Viene el General La Mar?

Tor. La fortuna favorece
 a sus armas; y así quiere
 escuchar proposiciones,
 para ver si le conviene
 la paz o, la horrible guerra....

Suc. El Libertador Bolívar,
 como guerrero valiente,
 como valiente piadoso,
 olvidando las injurias,
 la paz a ofrecerle manda.
 Y si La Mar la rechaza,
 será el solo responsable
 de las lágrimas y sangre,
 con que la guerra iracunda
 ha de inundar las ciudades
 y los apacibles valles.

ESCENA XII

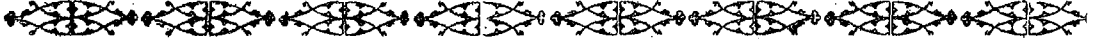
Sucre

¡Con qué inaudito furor,
 en los papeles de Lima,
 la alta fama se lastima
 de nuestro Libertador!
 ¡Cuánto epíteto grosero,
 con pluma veloz, hiriente,
 se arroja contra la frente
 de este admirable guerrero!
 La ingratitud y maldad

del Perú ponen acéfalo
 en el alma de Bolívar,
 que le dió la libertad.
 En partidos dividida,
 presa de la ambición
 esta misera Nación
 era esclava envidiosa;
 que ni sentía sus penas,
 ni la libertad anhelaba,
 porque con gusto llevaba
 el peso de sus cadenas.
 Por el Perú hicimos mucho;
 compasivos allí fuimos,
 y la libertad le dimos,
 en Junín y en Ayacucho.
 Bolívar entonces fue
 para el Perú un semidiós,
 a cuya potente voz
 se prestaba firme fe.
 Y en las misas se cantaba
 Himnos a Dios, con fervor,
 en que gracias se le daba
 por el Gran Libertador.
 ¡Bolívar! como se atrajo
 del Perú la admiración!
 Y al salir de esa Nación
 ni un grano de arena trajo.
 Y ahora el Perú le escarnece,
 y en pago de sus favores
 un calvario de dolores,
 con ingratitud le ofrece.
 Pero Bolívar clemente
 y magnánimo además,
 quiere que yo le presente
 al Perú la amable paz.
 Lo haré sí; yo voy a dar,
 por ella este último paso,
 aunque veo que un rechazo
 recibiré de La Mar;
 que obsecado en su furor,
 lleno de torpe ambición,
 tiene la pretensión
 de hacerse Conquistador.
 La América, en fin, verá
 que no quise ni por nada
 ver la sangre derramada;
 y mi acción aplaudirá;
 que es para mi mayor gloria,
 y nadie se maravilla,
 el hacer que la paz brille
 antes que cualquier victoria.
 ¡Oh paz! ¡aventurosa paz!
 que brillas desde tu altura,
 con luz refulgente y pura,
 ven al suelo ¿dónde estás?

TELON

(Continuará).

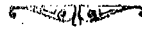


TARQUI

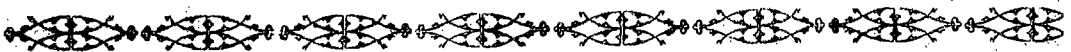
DRAMA EN TRES ACTOS



ANTONIO RODRIGUEZ S.
FRESBITERO



1929



PERSONAJES

General Sucre

General Floress

Coronel O'Leary

Fernando Pasán, escolar

Cura Toledo

General La Mar

General Gamarra

General Plaza

Capitán Torrico

Luis:

niños

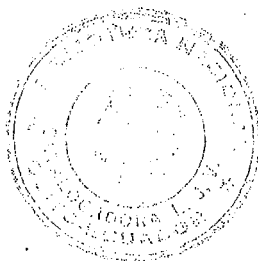
Juan:

Tadeo, criado

Soldados

La escena es en Tarqui y sus contornos.

La acción principal en Febrero de 1829.



ACTO II

A la sombra de unos capulíes

La acción principia por la Tarde y termina por la Noche

ESCENA I

La Mar

¡Cuánto al pecho es halagüeño
el ver a corta distancia
el sitio alegre y risueño,
donde pasó nuestra infancia!
Y mirar embelesados
los ríos, las montañas,
y las graciosas cabañas
entre los campos sembrados.
El ánimo se recrea
al ver desde un alto monte
en el lejano horizonte,
la torre de nuestra aldea.
Este arroyo cristalino,
que saltando se desliza,
por entre flores a prisa,
que perfuman su camino;
el aroma y la fragancia
de estos claveles y rosas,
y estas blancas mariposas
son recuerdos de mi infancia.
Sonrosado yo corría,
como ave de rama en rama,
por la suave y verde gramá,
en paz y con alegría.
El capulí me brindaba,
con ademán generoso,
el negro fruto sabroso,
que de sus ramas colgaba.
Cargado de años regreso
a ver a mi hermosa tierra,
a donde traigo la guerra,
para su bien y progreso.
¡Oh Patria, con ansiedad
conduzco yo a estos guerreros,
que vienen con sus aceros
a darte la libertad.
Mientras tus rayos envíes,
claro sol, desde tu altura,
descansaré en la espesura

de estos altos capulíes,
cuya frondosa enramada,
bóveda augusta parece,
que fresca sombra me ofrece,
en mi penosa jornada.

ESCENA II

Presidente La Mar, Capitán Torrico.

Lam. Capitán Torrico ¿cuántos
son de Sucre los soldados?

Torr. General La Mar, apenas
se separó usted de mí,
de manos a boca a dar
con el mismo Sucre fui.
No me tomó prisionero,
la libertad me otorgó;
y más bien me convidó,
con lenguaje lisonjero,
a que viera el campamento.
Enumeré los soldados,
que caminan fatigados,
y llenos de descontento.
No llegan ni a la mitad
de los nuestros, que a la guerra,
en defensa de su tierra,
se vienen con ansiedad.
Nuestras armas son mejores,
más buenos nuestros vestidos,
nuestros hombres más unidos,
nuestras ventajas mayores.

Lam. Luego, nuestra es la victoria;
y los valientes peruanos,
venciendo a los colombianos,
se van a cubrir de gloria.

Torr. Por ese temor quizás
intranquilo Sucre se halla;
y antes que entrar en batalla
viene a pedirle la paz.

Lam. Humillados y rendidos,
del Perú por el poder,
a mis pies los he de ver
a todos estos bandidos.
Si Sucre la paz me pide
la otorgaré de buen grado;
si el terreno hasta hoy ganado
a respetar se decide.

Torr. La paz dice que prefiere
a los males de la guerra.

Lam. Entregue al Perú esta tierra,
que hollamos, si la paz quiere.

ESCENA III

La Mar

¿Cómo será posible que en un día,
tras una marcha de labor intensa,
a Sucre entregue esta comarca extensa,
sólo porque él la paz pide a porfía?
Esa facción, que en Lima se levanta
públicamente, sin rubor, ni miedo,
para decir que gobernar no puedo,
por ser Cuenca mi tierra; se agiganta.
Nací en Cuenca, es verdad, verjel florido,
con mi planta infantil hollé su suelo,
gocé de la belleza de su cielo;
y al son de sus cantares fui adormido.
A esta Cuenca inmortal, de aroma raro,
sumida en vergonzosa servidumbre,
de libertad a la fulgente lumbre,
al Perú incorporada la declaro.
Y vean admirados los peruanos,
que La Mar con su espada poderosa,
les entrega, en esta época gloriosa,
estos vastos dominios colombianos.

ESCENA IV

La Mar, Gamarra.

Gam. Hasta aquí nuestra marcha victoriosa
las infelices gentes colombianas.

Lam. Llenas de ardor la libertad desean,
y los pueblos alegres nos reciben.

Gam. Corran los ejércitos contrarios
entón; y la batalla la daremos
con ardoroso brío y lucimiento.

Lam. Sucre la paz me pide.

Gam. ¿La paz Sucre?

Lam. Porque sus huestes muertas de cansancio,
en número pequeño, no son fuertes
para entrar con nosotros en batalla.

Gam. Sólo por eso Sucre la paz busca,
por no ser tristemente derrotado;
pero debe esta paz ser bella, honrosa,
para el peruano pueblo, a quien adoro.

Lam. Por esta paz a la campaña vengo,
y visto alegre el militar arreo;
para mis pueblos esta paz deseo;
que una paz sin honor es torpe mengua,
que degrada más bien y que envilece.
Cada día ensanchamos las fronteras,
y el enemigo se retira huyendo,
al divisar no más nuestras banderas.
Teme que nuestra cólera encendida
sobre sus huestes sin piedad se arroje,
cual del volcán la lava enrojecida,
sobre el rebaño que en sus faldas trisca.
Por eso, paz temblando me propone,
para salir con vida de este apuro;
pero no; no haya paz, no haya cuarteles;
que se apreste más bien a la pelea;
cuando en la lucha derrotado sea,
por el brío y valor de mis corceles,
la paz le otorgaremos que desea.

Gam. Sí, General La Mar, el Perú gloria
va alcanzar con el brillo de su espada,
y los llorosos pueblos colombianos
van a romper el yugo envilecido,
que con crueldad le dieron sus tiranos.
Ya de la libertad se acerca el día;
ya están listos fusiles y cañones,
y en deseos ardiendo los soldados
de imponer en los campos de batalla,
la paz que Sucre tanto nos propone.

Lam. Impondremos la paz al enemigo?
con nuestras armas, General Gamarra;
que se apresten para eso a la pelea
nuestras valientes tropas aguerridas.

ESCENA V

Generales La Mar y Plaza.

Pla. Sucre la paz a proponerle viene.

Lam. La daremos después que los cañones
nos abran el camino a la victoria;
sólo esa paz busca el Perú; no aquella
que Sucre pide con palabra necia.

Pla. Necesario es oír las condiciones,
en que Sucre la paz quiere anhelante;
y entretenerle en largas conferencias,

hasta ocupar con nuestras tropas, Cuenca,
y amenazar así su retaguardia;
de este modo, cogido entre dos fuegos,
será nuestra la espléndida victoria;
y Sucre con sus huestes destrozadas,
por los campos, en sangre enrojecidos,
con la vista en el suelo colocada,
vendrá a escuchar la paz que le dictamos.

Lam. Sea, General Plaza, como dice:
Yo a Sucre en conferencias le detengo,
so pretexto de hacer negociaciones;
y entre tanto, que salga una columna
con dirección a Cuenca, por la izquierda
del enemigo, que tranquilo se halla;
y que luego el ejército se mueva,
en igual dirección, con grande prisa,
por convenir al plan de la campaña,
y conseguir ventajas apreciables.

Tomada Cuenca, la victoria es nuestra;
y de flores y lauros coronados,
por camino triunfal avanzaremos
a darnos el abrazo con Obando,
allá del Cauca en el ameno valle;
y sólo al ver Bolívar las banderas
del Perú, desplegadas por el viento,
huirá como la tímida gacela,
al estampido del fusil violento.
Voy a entablar con Sucre conferencias;
hasta eso cumpla usted con lo ordenado.

Pla. Bien, General La Mar, serán cumplidos,
sin tardanza ninguna, sus mandatos.

Lam. General Plaza, sin demora alguna.

Pla. Voy a dar cuenta al General Gamarra.

ESCENA VI

La Mar, Sucre.

Suc. Yo de Bolivia a descansar venía,
en mi apacible hogar, tranquilo, en Quito;
y olvidando rencores, generoso,
desde el Callao, le escribí diciendo
que mis oficios aceptara atento,
en favor de la paz, que tanto anhelo;
porque estoy convencido que la guerra
trae siempre consigo grandes males;
y mi voz fué llevada por el viento,
a perderse apagada en el vacío.
Mas ahora que el Gobierno de Colombia
me autoriza, con todos sus poderes,
a tratar de la paz o de la guerra;
la voz del corazón gustoso oyendo,
al olvido arrojando los agravios,
la dulce paz a proponerle vengo,

a fin de que en los campos de batalla
no se riegue la sangre americana,
ni vuelvan contra sí las duras armas
para destruirse, con furor horrendo,
aquellos que a mis órdenes pelearon,
por conseguir la hermosa independencia.

Lam. Los deseos de paz, que manifiesta,
para evitar que, en la feroz contienda,
la sangre de dos pueblos se derrame;
no pueden ser mayores que los míos.
Si el honor del Perú y sus intereses
no fueran tan sagrados; consintiera
en cualquier sacrificio, para siempre
con lazo fraternal vivir unidos.
Un Plenipotenciario envié a Colombia,
a dar a ese Gobierno explicaciones
de supuestos agravios, inferidos
a esa ilustre nación, según decía,
con grande aplomo, el General Bolívar.
Y el Ministro Peruano fué acogido,
y despachado con igual desaire.

Suc. El Ministro Peruano, en suma, dijo
que no tenía los poderes amplios
para arreglar reclamos de Colombia;
y en el curso, además de sus escritos
puso en duda su propio nombramiento.
¿Qué debía Colombia hacer entonces?
Suspende por completo los Tratados.
Rotas después las mutuas relaciones,
de paz una misión envió Colombia,
para arreglar con el Perú las bases
de un Tratado de paz honroso y justo.
Mas no escuchó el Perú razón ninguna.
Con todo eso, la paz yo le presento
cuando a punto su Ejército se encuentra
que invadió sin justicia nuestras tierras
de entrar en dura y pertinaz batalla,
cuya victoria en su favor no se halla.
No es mi intento arredrarle con peligros,
que le abran a sus pies profundo abismo;
porque yo sé, que el valeroso pecho
en los riesgos más bien busca la gloria.
Pero Vuestra Excelencia también sabe
que en vano ha de buscarla a cuanta costa,
porque no desconoce lo que vale
el invicto soldado colombiano,
sobre el glorioso campo del combate.
No pretendo imponer humillaciones
a la Nación Peruana; mas comprendo
que es tiempo todavía de entendernos.
No quiero responsable, en modo alguno,
ser de la sangre y de los fieros males,
que brotan siempre de la lucha horrenda.
En libertad a Su Excelencia dejo,
escoja al punto lo que más le cuadre;
la dulce paz o la sangrienta guerra,

Lam. Vuestra Excelencia sin razón agravia al valoroso Ejército Peruano, que penetró en terreno colombiano, escuchando la voz de la justicia, apoyado en su fuerza irresistible, y en la opinión sensata de los pueblos, cansados de sufrir un duro yugo, del que ya Guayaquil se encuentra libre. No ha tenido el Perú mira ambiciosa, ni ha abierto sin motivo la campaña; sino después que con baldones negros, ha sido justamente provocado. Una necesidad le ha puesto dura las poderosas armas en la mano; mas puede generoso deponerlas siempre que, en armonía lisonjera, la paz con el honor se reconcilien. Y si la guerra se hace necesaria los azarosos campos de batalla, y no de los soberbios las jactancias, dirán con voz sonora, a las edades quién superior ha sido en la contienda.

Suc. El mundo culto mirará espantado destruirse a dos ejércitos, que unidos ayer no más, con gloria combatieron para alcanzar feliz independencia, en los instantes mismos, en que se hallan las armas españolas a las puertas, acechando el momento más propicio de recaudar las tierras que perdieron. Y el mundo culto nos hará justicia, al ver nuestros hogares invadidos, y en la ruina gimiendo nuestros pueblos, por un gobierno ingrato, que nos debe eterna gratitud, por mil motivos; y aunque no consigamos la victoria, en favor nuestro, fallará la historia. De yugo insostenible llega a hablarme, debajo del que gimen nuestros pueblos; y esto nuestra justicia robustece; ya que existen sin duda descontentos en todos los Estados, sobre todo en los nacientes, donde las pasiones, sin freno, desbocadas corren. La protección prestar a descontentos, con la invasión de ajeno territorio, de un gobierno limítrofe es indigno, y mancha enormemente su decencia. Cuántas veces Colombia tiene quejas de la administración falaz peruana, y a su gobierno la facción se apoda de los liberticidas, y se implora nuestro favor, con afligido acento, llamándonos aún más libertadores. Perdido suplicar, Colombia sorda desoye estos gemidos lastimeros; porque dar libertad a los peruanos del poder español tan sólo quiso,

y dílos en verdad, con suma gloria, en Junín y en los campos de Ayacucho. Si fuera verdadero el descontento ¿Quién a Vuestra Excelencia le autoriza para meterse en los negocios nuestros? ¿No es, por ventura, escándalo espantoso que, quien necesitó de nuestras armas para dejar de ser colonia, quiera dictarnos a su antojo duras leyes? Siento haber expresado otras razones, distintas de la paz que voy buscando, por dar contestación a Su Excelencia. Echémonos al olvido lo pasado para buscar la paz, hija del cielo, que la ventura de los pueblos labra.

Lam. ¿Y cómo quiere que esta paz se arregle? General Sucre, quiero que me diga las bases para hacer cualquier convenio con tal de que al Perú no sea lesivo.

Suc. Bien, General La Mar, escuche atento: Que Mainas y Jaén nos sean devueltas; que la escuadra peruana se retire, dejando libre a Guayaquil hermosa; que a Colombia, el Perú pague la deuda, que para darle libertad contrajo; que las peruanas huestes retrocedan del río Santa a la ribera izquierda; pues nunca puede permitir Colombia que de su tierra ocupen ningún punto.

Lam. ¡Basta! ¡No me hable más! La sangre hierve henchida de furor, en mis entrañas; porque en las bases, que me son propuestas el honor del Perú veo manchado, y arruinados sus propios intereses. No me hable más; por Dios que aquellas bases parecen condiciones humillantes, impuestas con la espada a los vencidos, en los gloriosos campos de batalla; y no proposiciones, dirigidas a soldados, que, al mando de mi espada, ventajas numerosas han ganado; y a quienes la esperanza les augura una victoria conseguir segura. Todas son altamente desdorosas; y aunque el Perú la noble paz desea, no ha de aceptar jamás, incauta y ciega, una paz tan injusta y degradante; mientras un hijo de los suyos haya, que pueda presentarse en la batalla. Esta guerra jamás la hemos buscado; pues el mundo imparcial puede decirlo que si el Perú las armas ha tomado, sólo en defensa de su honor ha sido, y de sus más sagrados intereses.

Suc. ¿Dónde, señor, se encuentra la injusticia

en las bases de paz que le propongo?
 ¿Es acaso injusticia lo que es propio
 pedir a quien de gana lo posee?
 Vuestra Excelencia a todo trance quiere
 remitir a las armas el arreglo
 de nuestras delicadas diferencias.
 Bien conoce el valor de nuestras tropas,
 y el carácter heroico de que gozan,
 y la fuerza invencible de su brazo;
 y así, talvez Vuestra Excelencia crea
 que nuestros pasos se dirigen sólo
 a lavarnos las manos, ante el mundo,
 de la sangre, que con rojos tintes,
 va a teñir las montañas y praderas.
 Yo añado de mi parte diligencias,
 en favor de la paz, más eficaces,
 de las que mi gobierno me ha ordenado;
 porque, habiendo mi vida casi entera
 entregado de América al servicio
 para labrar su bien y su ventura,
 en el alma me duele que se vierta,
 por algún personal resentimiento,
 una gota de sangre americana.
 Si de la Independencia un veterano,
 del Perú dirigiera los destinos;
 de pacífico modo se arreglaran
 al punto de cualquier desavenencia.
 Pero si de la paz no hay esperanza,
 y al fragor de las armas se encomienda
 el arreglo de toda diferencia;
 estamos a la vista; y es indigno
 de un valiente treparse a posiciones
 difíciles, delante de un puñado
 de soldados, amantes de su Patria,
 que a sus gratuitos enemigos brindan,
 sin temores, buen campo de batalla.

Lam. La esperanza destruye Su Excelencia
 de una conciliación con las propuestas,
 que son de todo punto inadmisibles
 para el honor de la Nación Peruana.
 Amante de la paz, en grado sumo,
 y no por el tembr a sus bravatas,
 que en nada afectan a las armas nuestras;
 para evitar que sea derramada,
 a torrentes, la sangre de dos pueblos;
 escuche las propuestas que yo le hago.

Suc. Escucho atento.

Lam. Bien, General Sucre:
 Los gastos pagar debe extraordinarios,
 por la presente guerra originados,
 al gobierno peruano el de Colombia.
 A Guayaquil en libertad dejemos
 para que elija lo que más le agrade,
 si del Perú ser parte o de Colombia;
 y de las dos naciones los linderos,
 serán por comisiones arreglados.

Suc. Aunque debiera desechar propuestas,
 que son de todo punto inadmisibles;
 no lo hago, para que jamás se diga
 que oír proposiciones rehusamos,
 por más extravagantes que éstas sean.
 Más a Vuestra Excelencia le suplico,
 nombre comisionados de su parte,
 para que conferencien con los míos,
 acerca de la paz fraternalmente.
 Si la paz se consigue, le aseguro
 que me tendré por más afortunado
 que si hubiera alcanzado una victoria;
 y el Gran Libertador verá gozoso
 que tornan a la paz las dos Naciones,
 que a su espada le deben la existencia.
 De mi parte la paz quiero ofrecerle
 con hermosa corona a su llegada.

Lam. Admito que una comisión se nombre.
 Vuestra Excelencia nombrará la suya,
 para que ambas a dos las conferencias,
 en armoniosa voluntad las tengan,
 sobre el puente del río, que separa
 a los dos enemigos campamentos.

Suc. No hay de mi parte inconveniente alguno.
 Si el lugar señalado fuere incómodo,
 no tengo, General La Mar, obstáculo
 de que en mi cuartel general se reúnan
 a discutir con calma las cuestiones,
 tendientes a la paz de ambas Naciones.
 El Coronel Daniel Florencio O'Leary
 con el General Heres, de mi parte
 son los comisionados.

Lam. De la mía
 los Generales Orbegoso y Villa.

ESCENA VII

Capitán Torrico.

Vengo a pelear por mi Patria
 adorada del Perú;
 más quisiera que la marcha
 siguiera como hasta aquí,
 sin hallar tropiezo alguno,
 ni escuchar el estampido
 del cañón del enemigo,
 que cubre con su humareda,
 como con lúgubre velo,
 la serena faz del cielo,
 para con plomo homicida
 hacer que ríos de sangre
 desciendan de las montañas
 sobre las mieses doradas,
 y los valles de esmeralda.
 En santa paz y sosiego
 marchara sin trepidar,

de un polo a otro polo,
 las tierras a conquistar.
 Y aunque las huésteres de Sucre
 con un puñado no más,
 no quisiera en el combate
 ver su espada manejar;
 porque hablando francamente,
 y aquí que nadie nos oye,
 no hay en la América entera
 un guerrero más audaz
 que león embravecido
 se vuelve para pelear.
 ¿Y no es cierto que una bala
 puede venir desmandada
 a romperme brazo o pierna?
 Por eso quiero deveras
 que la paz, a toda costa,
 firmen los comisionados,
 que, dejando odios a un lado,
 sobre el puente hablando están.
 Así en paz me voy a Cuenca,
 o las riendas vuelvo a Lima,
 lleno de salud y vida.

ESCENA VIII

Generales Sucre y Flores

Flo. La fé púnica que anima
 al traicionero La Mar,
 nacido en mala hora en Cuenca,
 de Colombia para afrenta,
 le hizo aprovechar del tiempo,
 que hemos empleado aquí,
 en conferencias de paz,
 para realizar, menguado,
 sus designios execrables.

Suc. ¿Qué pasa, General Flores?

Flo. Que una columna ligera
 ha destacado La Mar
 sobre la ciudad de Cuenca.

Suc. ¿Y ha llegado?

Flo.Si ha llegado.

Suc. ¡Y Cuenca sin un soldado,
 que pudiera defenderla!

Flo.Si se ha defendido.

Suc.¿Cómo?

Flo. Del hospital los enfermos,
 en triste estado, que apenas
 podían coger las armas,
 y hacer a pie firme fuego,

la ciudad han defendido,
 con un valor que no tiene,
 en la historia parecido,
 ni en las gloriosas hazañas
 de la República legendaria.

Suc. La mancha negra, que Cuenca
 contrajo sin su querer,
 al recibir en sus brazos
 a La Mar cuando nació,
 con sangre será lavada,
 que harán nuestras bayonetas
 brotar, en raudos torrentes,
 de los penascos del Tarqui.
 ¿Háse visto infamia horrenda?
 tratando estamos de paz
 y esta ocasión aprovecha
 el mal patriota La Mar
 para dirigir sus armas
 contra su ciudad natal.
 Dígame, General Flores,
 ¿cómo un puñado ha podido
 de pobres convalecientes
 defenderse heroicamente?

Flo. Cuando el sol en su carrera,
 desde la mitad del cielo,
 enviaba rayos de fuego
 sobre la abrasada tierra;
 aparecen de repente,
 hasta trescientos peruanos,
 que por los llanos de Tarqui,
 a la ciudad se dirigen,
 llevando en sus bayonetas
 las amenazas de muerte.
 Sabe el General González,
 valeroso a toda prueba,
 saca de los hospitales
 a los enfermos, que pueden
 de algún modo, tomar armas.
 Son sesenta solamente,
 a quienes el amor patrio
 los convierte, de improviso,
 en guerreros eminentes.
 Débiles, vacilantes,
 el uno apoyado en otro,
 el fusil llevando apenas,
 se encaraman en la torre
 de la augusta Catedral;
 y unos pocos se sitúan
 en la casa de gobierno.
 Los soberbios enemigos
 agitan fuertes corceles,
 y a la plaza se dirigen,
 en donde pierden tres hombres,
 y son rechazados todos,
 por las balas que disparan
 los enfermos defensores.
 Al grueso de la columna

se unen después, y repiten
con más furias el ataque;
y aunque pérdidas reciben,
se meten en los portales;
y de allí parapetados
a los nuestros los ofenden.
Cuando en la torre elevada
van faltando los pertrechos,
y no hay siquiera esperanza
de conseguirse repuestos;
el enemigo hace seña,
con una blanca bandera,
para que cesen los fuegos.
Y el gran General González,
honor y prez de las armas
de Colombia, capitula;
y se entrega prisionero,
sólo a trueque de que goce
de sosiego la ciudad.

Suc. Motivo de justo orgullo
es este triunfo, que llena
de nueva gloria a las armas
invencibles de Colombia.
Si así los enfermos luchan,
en número tan pequeño,
contra fuerzas superiores
defendiendo a su Nación
¿qué no podrán los robustos,
invencibles colombianos
contra las huestes peruanas,
traídas por un ingrato
hijo pérfido de Cuenca
a profanar nuestras tierras,
con sus plantas invasoras,
y dejando donde pisan
desolación y tristeza?
¡Ah! tiemblen de nuestras armas
que, en sus límpidos aceros,
llevan siempre la victoria,
con heroico lucimiento.

Flo. Si así se burla La Mar
con perfidia imponderable,
mientras quietas nuestras tropas
arreglos de paz esperan;
es señal de que prefiere
la guerra; y es menester
ir al campo de batalla,
valientes a combatir
por el honor y la vida
de la Patria idolatrada,
cuya salvación clavada
en nuestras armas está.
Colombia sus esperanzas
en nuestras espadas pone,
que harán brillar la justicia,
con muy claros resplandores,
derrotando a los esclavos,

cuyas cadenas rompimos
en batallas legendarias.
La potestad de vencernos
sólo Dios tiene en su mano;
y Dios no auxilia jamás
a ruines usurpadores.
¡Ya volemós al combate,
a conseguir la victoria,
que envuelta en rojizo manto
sonriente se presenta
como la rosada aurora!

Suc. Voy hablar, General Flores,
todavía con La Mar;
pues, aunque sé que la gloria
con su mano esclarecida
quiere coronarme aún
con laureles inmortales;
a estos laureles renuncio,
con todo mi corazón,
a trueque de que la sangre
de ningún americano
no se riegue esta ocasión.

ESCENA IX

Sucré, Coronel O'Leary.

Suc. Venga, Coronel O'Leary,
y diga si hay esperanza
de que se firme la paz.

O'Lea. Ninguna, General Sucré.

Suc. ¿No la aceptan los peruanos?

O'Lea. Tienen necias pretensiones;
y a la guerra nos obligan.
Discutimos largamente,
con inaudita paciencia,
sobre el incómodo puente.
De una comisión y de otra
las palabras han corrido,
con donaire velozmente,
como las ondas del río,
en bullicioso murmullo,
sin detener su corriente.
Traicionara yo a Colombia,
y mereciera sus iras,
y siempre me maldijera
si firmara yo un Tratado,
injusto y extravagante,
como el Perú propone.
Séquese mi mano diestra,
pierda mil veces mi vida,
antes que ser yo la causa
del deshonor de Colombia.

Suc. Pero la América entera

verá que hemos agotado
hasta el último recurso,
por el bien inextinguible
de la paz encantadora.

O'Lea. Desde mucho tiempo atrás
tengo dicho que el Perú
no la descaba jamás.
Y ahora con la discusión,
que sobre ella hemos tenido,
se confirma mi aserción.
El atentado siniestro
de la noche de septiembre,
en que el puñal asesino
se lanzó contra Bolívar;
la sublevación de Obando
en los campos de Patía;
indujeron a La Mar
a invadir nuestra Nación.
Por fortuna a la cabeza
del gobierno del Perú
se halla colocado un hombre
de escasa capacidad.
por la pasión obsecado,
nunca La Mar calcula,
y se deja arrastrar sólo
por la corriente engañosa
de ilusorias circunstancias.
Limitado en sus alcances,
de nimia delicadeza,
de este triste colombiano
la posición es muy falsa.
Tiene más temor al fallo
de la facción, que le ha dado
del Perú la Presidencia,
que a la segura caída
que le tiene preparada
seguramente un peruano
hubiera aceptado, al punto,
sin vacilación, la paz,
tal como la presentamos,
antes que exponer la suerte
de su Patria a los azares
de una guerra desastrosa.
El Perú sabrá muy tarde
que La Mar no es aporósito
para en estas circunstancias
sus destinos dirigir.
¡Y que horrenda felonía
acaba de cometer!
Mientras los comisionados
platican en conferencias
para tratar de la paz,
una columna La Mar
de su ejército la arroja,
a escondidas, sobre Cuenca,
que se halla desguarnecida.
Pérfido La Mar, no quiere
la paz, en manera alguna.

Y la coalición disuelta
sin esperanza alguna
de que se acoja la paz,
las hostilidades rotan;
General Huera, no queda
otro medio de tratar
las fronteras colombianas
que con una línea roja
de sangre en la fidelidad,
que no se borre jamás.

Suc. Coronel O'Leary, atento
un indecible pesar,
al ver muerta la esperanza
de que se firme la paz,
sólo por ciego capricho
del soberbio de La Mar.
Criado yo desde niño
entre la densa humareda,
y el fragor de los combates;
escuchando a cada paso
el relincho de corceles,
el redoble de tambores,
el sonar de los clarines
y el ¡ay! de los combatientes;
coronado por la gloria
en batallas, cuyo nombre
ha de engrandecer la historia;
amo más la dulce paz
que la más grande victoria.

O'Lea. ¿Pero si la paz rechazan
los peruanos, y a Colombia
con rigores la maltratan;
y si pretenden osados
los tristes manunitidos
engrandecer a su Patria,
extendiendo sus conquistas
hasta las rocas de Pasto?

Suc. Muy a pesar mío tengo
que desenvainar mi espada,
para volverla a la vaina,
como siempre triunfadora.

O'Lea. Conquistadores más raros
nunca se ha visto en la historia.
Hablan sólo de morir;
pero de vencer jamás.
Y si a pesar de que tienen
soldados más numerosos
que los nuestros, el combate
excusan siempre, y escogen
posiciones muy seguras
sobre tajados peñascos,
y riscos inaccesibles;
a buen campo les traeremos,
a las llanuras de Tarquí,
para que en su manso río

vayan a dar los arroyos
de sangre de los ingratos.

ESCENA X

Generales Sucre y La Mar

Suc. Qué inmensa pesadumbre en este instante experimento, al ver que la esperanza se ha agotado de paz consoladora. Por Su Excelencia la sangrienta guerra va a lanzar, de su lóbrega caverna, sus males espantosos, sobre el suelo.

Lam. Diga por los tiranos de Colombia, por los libertadores fementidos, que lágrimas y sangre sólo beben de los míseros pueblos sin ventura; a quienes hoy a libertarles vengo con mis valientes huestes aguerridas. Amo la paz, y aunque quise con paciencia las bases escuchar.

Suc.Para entre tanto destacar en silencio una columna contra Cuenca, que estaba sin defensa. Bien presentaba usted proposiciones extravagantes, con el fin tan sólo de entretener el tiempo, para entonces lanzarse de improviso en contra nuestra.

Lam. ¿Para qué fué creada la estrategia?

Suc. ¿Cómo estrategia a la perfidia llama? y a la traición más grande, que emborrona con lodo vil el rostro de Colombia; ya que usted, hijo suyo, se complace en traer un ejército extranjero, para clavar puñales en el pecho de la adorada Patria, con innoble doblez y criminal atrevimiento? Y pues la guerra quiere; no rehuyo; de aquí no pasará más adelante con su horda de peruanos invasora; y en limpia lid mis pocas bayonetas, por entre ríos de caliente sangre, le han de hacer regresar a sus fronteras, a la pesada humillación rendido.

Lam. Amo la paz; más nunca la injusticia; ni puedo desoir jamás el ruego de los que gimen bajo el peso enorme de un vergonzoso yugo, insoportable. A la guerra venimos provocados, no por el pueblo de Colombia hermano; sino por los insultos desmedidos del ambicioso General Bolívar. ¡No es posible la paz, mientras él mande en un rincón de tierra americana!

Suc. Bolívar, por sus hechos inmortales, para sostén de su grandeza tiene por alto pedestal el Chimborazo, a cuya cumbre límpida no llega el fango que se arrastra en la llanura. No hablemos más; terminen las palabras, que se pierden sin fruto en el vacío. Y pues la guerra a todo trance quiere Vuestra Excelencia; en su caballo monte; y, puesto a la cabeza de sus huestes numerosas, descienda de los riscos, que son su fortaleza inaccesible; y apréstese al combate a campo abierto; que en número pequeño nuestras armas a la victoria están acostumbradas.

Lam. Basta ya de jactancias; que en la lid, al luchador valiente se conoce.

Suc. Mostrará su valor.

Lam.Sin duda alguna. El día de batirnos ya clarea; salgamos a morir en la pelea.

Suc. Buen campo de batalla le prometo; y en la lid no se olvide que soy rayo

Lam. Que herir no puede al furibundo viento.

Suc. Soy tempestad.

Lam. Yo roca de granito.

Suc. Mis bayonetas a la muerte llevan.

Lam. Y las mías se burlan de la muerte.

ESCENA XI

Sucre

Yo ceñí con mi espada de laureles las frentes de los pérfidos peruanos, para enseñarles a gustar la gloria, que ni siquiera conocido habían; yo rompí valeroso las cadenas, que en horrorosa esclavitud sufrían; y ahora ingratos se lanzan altaneros contra quien, en duro sacrificio, el grande bien de libertarles hizo. Y llegan ofuscados al delirio de creerse en todo superiores a los que la libertad les dimos. Por eso, con desdén la paz rechazan; porque pretenden humillado verme, arrastrando en mis plantas sus cadenas la guerra buscan; a la guerra salgo; y de las tierras de la Patria mía.

los lanzaré, como a la seca paja
el huracán con su potente soplo.

ESCENA XII

Generales Sucre y Flores

Flo. Los peruanos ejecutan
un movimiento de flanco
para ir a tomarse Cuenca.

Suc. Prepare, General Flores,
las tropas para llegar,
antes que los adversarios,
a los campos de Girón
y obligarles a lidiar.

Suc. Ordene, General Flores,
al General Urdaneta
que ataque a las avanzadas,
para tomar prisioneros,
y causar algunos daños,
siquiera en la retaguardia.

Flo. ¡Cobardes conquistadores!
son en número mayores;
y tienen miedo al combate.

Flo. Aunque es la noche avanzada;
no de otro modo que el rayo,
por entre nieblas se lanza,
rasgando la obscuridad,
a destruir los altos robles
de la selva enmarañada;
así los guerreros nuestros,
en la obscuridad envueltos,
caerán con sus bayonetas
sobre la tropa enemiga;
y en derrota la pondrá.

ESCENA XIII

General Sucre, Coronel O'Leary

O'Lea. La Mar pretende lanzarse
sobre la ciudad de Cuenca.

Suc. Quisiera; pero jamás
ha de conseguir su intento.
Si hasta ahora no lo he forzado
a presentar un combate,
ha sido, porque esperanzas
conservaba de la paz;
de manera que bien pronto
van los campos de Girón
a ser perpetuos testigos
de la triste humillación
del orgulloso La Mar.
Si ésta se adelantara,

y tomara la ciudad;
nuestra situación entonces
fuera un tanto peligrosa;
pues, en contacto quedará
muy fácil con Guayaquil;
y con un poco de arrojo
se apoderara de Quito;
y socorros recibiera
de los rebeldes de Pasto.
Y así, la prudencia dicta
el que nosotros primero
nos acerquemos a Cuenca,
a prestarle nuestro amparo
y segura protección.

O'Lea. Ansias tengo de lanzarme
al combate, para ver
si a las palabras igualan
las hazañas de La Mar.
Pero parece que tienen
los peruanos miedo horrendo
a nuestros pocos soldados;
y temen el combatir.

Suc. Yo les forzaré al combate.

ESCENA XIV

Dichos, General Flores.

Suc. ¿Se cumplieron mis mandatos?

Flo. General Sucre, enseguida.
Veinte tan sólo soldados
del invencible "Yaguachi"
las órdenes recibieron
de apoderarse del puente
del Río de Saraguro.
Como el huracán furioso
se lanza sobre las copas
de los árboles frondosos;
y los agobia hasta el suelo,
y a las hojas las arroja
en confuso torbellino,
con violencia estrepitosa
a distancias infinitas;
así, estos pocos soldados,
por la bravura leones,
cóndores por la presteza,
huracán por la pujanza,
y fuego por la violencia,
llegan de sorpresa al río,
caen sobre el enemigo,
lo derrotan, lo persiguen;
de manera que La Mar,
al verme en graves aprietos,
"¡Sálvense el que pueda", dice;
y a la fuga se encomienda,
para ponerse en seguro.

Todo es confusión entonces;
y los soldados, al verse
solos sin sus oficiales
se dan también a la fuga,
en tropel desordenado.
La oscuridad de la noche,
la falta de los caminos,
al General Urdaneta
le impidieron perseguir
al ejército peruano,
que si esta vez se ha salvado
en otra no salvará.
Mas los almacenes todos
fueron del enemigo
a las llamas entregados;
y también las municiones
que, en su vergonzosa fuga,
quedaron abandonadas.

O, Lea. Llena de honor y de gloria
a las armas colombianas
esta valerosa hazaña.

Suc. ¡Veinte soldados valientes
en derrota les han puesto
a mil trescientos peruanos!
Sean sus nombres escritos
con letras de oro en la historia,
para que sean nombrados,
en los tiempos venideros,
con admiración y gloria;
y en sus nobles pechos muestren,
en caracteres sagrados,
el sobre nombre de bravos,
con que les llama Colombia.

TELON

ACTO III

La acción principia el 26 de Febrero, por la mañana
y termina en la mañana del 27

ESCENA I

Cura Toledo.

¡Cómo es posible, Dios mío,
que la sanguinaria guerra
venga sobre nuestra tierra,
con su infernal poderío?
A su paso se desatan
males horrendos sin cuento,
que, con imperio violento,
incendian, destruyen, matan.
No perdona a la niñez,
que en sueño apacible duerme,
mecida en su cuna inerte,
dichosa en su pequeñez.
Ni al anciano, que encorvado
sobre su fuerte bordón,
siente que su corazón
por el tiempo está gastado.
Llora la hermosa doncella
cuando sabe que la vida
pierde su prenda querida,
en la guerra, lejos de ella.
Y la madre infortunada,
en alto los ojos fijos,
lamenta a sus muertos hijos,

en triste tumba apartada.
Y la juventud florida
cae en el sepulcro frío,
como perla de rocío,
por el viento sacudida.
Sangre brota de las mieses,
y de las pobres cabañas;
y las praderas y montañas
se coronan de cipreses.
Reina la desolación
en los pueblos y ciudades;
y entre angustias y ansiedades
agoniza el corazón.
De la paz, dulce Jesús,
que fué cantada en el cielo;
desde lo alto de la Cruz,
y que sólo llega al suelo;
mas el peruano no quiere
la paz, que se le presenta;
y conquistarnos intenta,
y ahogarse en sangre prefiere.

ESCENA II

Cura Toledo, Sucre

C. T. Qué triste, General Sucre,

es saber que el Presidente
La Mar no quiere la paz.

Suc. Gustoso se la he ofrecido,
oh, señor Cura Toledo,
y hasta con paciencia rara;
Pero La Mar obsecado
cree en su triste delirio
que es más grande que Bolívar,
a cuya frente gloriosa
arroja negros baldones;
y piensa, con sus cañones,
nuestras tierras conquistar.
¿Y ha de consentir mi espada,
templada en la fragua misma
dónde se produce el rayo,
que ingratos y desleales
sigan los tristes peruanos,
con sus huestes numerosas,
ensombreciendo los campos
de la gloriosa Colombia;
que al ver al Perú cautiva,
arrastrando, como esclava,
las cadenas españolas;
desde lo alto del Pichincha,
como cóndor altanero,
despidiendo de sus ojos
de libertad claros rayos;
se lanzó sobre los campos
de Junín y de Ayacucho;
y con sus garras potentes
desbarató las cadenas
que atrozmente le oprimían?
¡Pobres peruanos, no saben
que donde vienen con ansia
a buscar gloriosa vida,
van a encontrar solamente
una tumba ignominiosa.
Si la paz la recibieran,
amparados por su sombra,
el Macará repasaran,
y a Lima todos llegaran,
satisfechos y contentos.

C. T. ¿Cuándo será que los pueblos
el significado entiendan
de la paz y lo practiquen?
La tranquilidad del orden
es la paz estrictamente.
Donde no hay orden no hay paz.
¿Para qué traer ejemplos
de las historias profanas
y de las letras divinas,
que narran cómo los pueblos
se ensangrentaron sedientos
por esta falta del orden?
si humildes y reverentes
volvieron todos los ojos

del Sinaí a la montaña,
cuya cima se corona
con espesas nubarrones,
que, para adornar el trono
del Señor Omnipotente,
con relámpagos se alumbra
de luz clara y resplandeciente;
al sonar de las trompetas
de los ángeles del cielo,
y del trueno que revienta
de las nubes aplastadas;
escucharon el mandato
que Dios hace al mundo entero;
No robarán; y la paz
sus dos alas extendiera,
sobre todas las naciones.
Pero pocos a la cumbre
ascienden de la montaña,
donde Dios a Moisés habla;
y sordos a los mandatos
en el corazón grabados
por el dedo de Dios eterno,
se divierten en el llano,
a los pies del Monte Santo,
al rededor del becerro,
que con oro fino labran,
cuyo brillo les deslumbra,
de cuya hambre devorados,
rotas las vulvas más fuertes
por la ambición desmedida
de seco y pálida rostra,
de vista sanguiinolenta,
de uñas negras, afiladas,
sin juicio, dominando;
se lanzan a cometer
cualquier torpe desafuero.
Entonces el desvalido
perece sin compasión,
como la cándida oveja
entre los dientes del lobo,
con indecible crueldad.
Y si los pueblos hubieran
a las cumbres del encarnio,
en donde la Cruz bendita
se alza, como iris de paz,
entre la tierra y el cielo;
y extiende sus santos brazos,
para estrecharnos a todos
en el Divino regazo
de encendida caridad;
nunca jamás en la tierra
se escucharía el roncón
de la pavorosa guerra.

Suc. Créame, señor Toledo,
por la libertad gloriosa,
de blanco cuanto vestida,
que, en mis dorados ensueños,
la ví pudibunda y bella,

maniatada con cadenas,
de tristeza devorada,
me entregué yo adolescente
a combatir con mi espada;
y tuve la inmensa gloria
de romper los duros hierros,
con que esclava la tenían.
Y la libertad al punto,
como sol resplandeciente
puesto en la mitad del día,
iluminó con sus rayos
de la América las cumbres.
La felicidad labrada
de los pueblos con mi espada;
conseguido mi deseo,
de laureles coronado,
pisoteando la ambición
que lo más grande carcome,
que corrompe a lo más digno
que lo más sagrado mancha,
y envilece a lo más santo;
pobre como el arroyuelo,
que al pie de un peñasco tiene
en invierno escasas aguas,
que en el verano se secan;
determiné retirarme
a vivir con mi familia,
gozando de paz dichoso
en la agreste soledad,
llevando como recuerdo
de las intrigas peruanas
este brazo diestro roto,
que destrozó las cadenas
del Perú y dió a Bolivia
con tierno amor la existencia.

C. T. ¡Infamia de los peruanos
que fueron los promotores
del motín de Chuquisaca!
Mas, esas cicatrices
publican con elocuencia
del Perú la ingratitud.

Suc. La ingratitud le perdono.

C. T. ¡Cuánta piedad y clemencia!

Suc. El cielo, sin ser yo causa,
me ha inclinado a la piedad
y a la clemencia también;
pero en consorcio amigable
pueden unidas andar,
de brazo con la justicia
que es la virtud cardinal,
en donde firmes se apoyan
las diversas variedades
que en el mundo hay de virtud.
Todo es falso donde no hay
la justicia por cimiento.

Y así, debe el ambicioso
destruirla, en cuanto puede,
para lograr sus intentos.
Mas no es fácil donde encuentra
la espada que la defiende.

C. T. Que fué forjada en el cielo
por la venganza divina,
cuando Luzbel, engreído
está en nuestra triste Patria;
de su radiante hermosura,
quiso arrojar de su trono
a Dios mismo en el vacío.

Suc. Tiene razón, señor Cura.

C. T. La espada trae su origen
de la celestial altura;
y debe ser manejada
sólo en pro de la justicia.
De otro modo se convierte
en puñal de salteadores.

Suc. Señor Toledó, mi espada
la he tomado en todo tiempo
para la honrosa defensa
de la justicia no más;
pues antes que defender
con mi espada la injusticia,
brillante reja la hiciera
de arado roturador.

C. T. Hoy la justicia llorosa,
caminando sobre ruinas,
con los pies despedazados,
y las manos con cadenas,
está en nuestra triste Patria;
porque las huestes peruanas,
traídas por un ingrato,
por desgracia, hijo de Cuenca,
han roto sus vestiduras;
y la azotan fuertemente,
y con inmundas salivas
afean su faz hermosa;
y en actitud suplicante,
juntando las blancas manos,
y en el suelo de rodillas,
en usted, General Sucre
pone los ojos llorosos
para que libre la saque
del estado en que se encuentra.
Con su espada que ha lucido
en triunfadores combates.
Sacerdote yo de paz,
ya que ésta no es aceptada
por el pérfido La Mar;
clamo también de rodillas,
al par que la Patria mía,
en favor de la justicia:

desenvaine ya su espada,
y en estos montes vecinos,
en este Tarqui escarpado,
la funesta tumba cave
para la turba de ingratos
que nuestras tierras invaden.

Suc. En esos montes, que al cielo
en picos variados cortan,
y que a la tierra le rompen
en muy profundos abismos;
abriré la sepultura
del ejército peruano.

ESCENA III

General Flores, Coronel O'Leary.

O'Lea. Valientes son los peruanos,
como su jefe La Mar.

Flo. Valientes, no hay duda alguna,
que no nos quieren ni ver.

O'Lea. Pues rehuyen el combate,

Flo. Y sabiendo que tenemos
un puñado de soldados.

O'Lea. Pero saben que éstos son
valerosos por demás,
sobre todo cuando cargan
con fuerza a la bayoneta;
que no hay entonces peruano
que no venga a dar en tierra,
como las débiles mieses
al paso del huracán.

Flo. Buscan sendas extraviadas,
y caminos escabrosos,
y andan a salto de mata,
por temor a los fusiles
de los bravos colombianos.
De Nabón se retiraron
al saber nuestra llegada;
y con rapidez tomaron
de San Fernando las cumbres;
y quieren llegar a Cuenca,
por los páramos de Baños.
Si son valientes ¿por qué
no dan campo al enemigo,
que es en número pequeño,
y a quien le llaman cobarde,
y hasta le tratan de esclavo,
para entrar en combate?
Luego no es lo mismo hablar
que presentarse en batalla.

O'Lea. Si es que avanzan los peruanos,

y campo igual nos ofrecen,
aquí en Tarqui, por ejemplo;
de seguro ha de entonar,
en favor de nuestra arma,
el himno de la victoria
el clarín con voz vibrante.

Flo. Sabre estos campos, vestidos
de verde y hermosa grama,
los blancos huesos regados
han de ser de los peruanos
sobre cuyas muertas espaldas
han de venir, en bandadas,
a devorarla ambrientos,
negros buitres carniceros.
¡Triste gloria del peruano
a tanta costa humana!

O'Lea. La muerte dice que busca;
encuéntrela en nuestras armas.

ESCENA IV

Dichos, Juan, Luis

Ju. ¿En dónde está el General?

Flo. ¿para qué le buscáis, niños?

Lu. Queremos hablar con él.

O'Lea. Hablad.

Flo. ¿Qué noticias hay?

Ju. ¿Cuál es el General Sucre?

Flo. Ninguno de los dos somos.

Ju. Con él mismo hablar queremos.

Flo. Coronel O' Leary, ayúde
a Sucre que unos dos niños
desean hablar con él.
¿De dónde venía?

Lu. de Cuenca.

Flo. ¿Qué nuevas hay por allá?

Ju. Se habla sólo de la guerra.

Flo. ¿Y no tenía miedo?

Lu. No.

ESCENA V

Dichos, Sucre, O'Leary

Flo. El General, niños míos,
a quien buscáis está aquí.

Ju. ¿Es Ud. el General,
que manda a nuestros soldados?

Suc. Niños, queridos, yo soy.

Ju. (Codeándole a Luis). Habla tú

Lu. Primero tú

Suc. ¿Tenéis recelo, por qué?
Vamos, hablad pronto.

Lu. Habla.

O'Lea. Se trata quizás de alguna
espinosa comisión,
que ninguno de los dos
quiere tomar la palabra.

Suc. ¿Que queréis, decidme, niños?

Ju. y Lu. Entregaros esto (Presentan a Sucre
dos pañuelos, que contienen pan.)

Suc. ¿Qué es?

Ju. Un poco de pan, señor.

Suc. Pan sabroso ¿Para quién?

Ju. Para Vuestra Señoría.

Suc. Pero ¿quién os manda?

Ju. Nadie:
Allá en nuestra pobre casa
nos hablaban nuestros padres
de los males de la guerra,
con tan tristes expresiones,
con lágrimas tan sentidas;
que enseguida supusimos
que podía tener hambre
Ud. o sus compañeros;
y por esto esta mañana
hemos salido de Cuenca,
para traerle este pan.

Suc. Gracias, gracias, hijos míos.

Ju. Ojalá que en algo más
nos fuera dado servirle.

Suc. Curtido yo en las batallas,
siento una suave emoción,
como nunca en este instante.
Mi faz con carmín se tiñe,
y se humedecen mis ojos,

al contemplar extasiado
a estos bravos pequeñuelos
esclarecidos patriotas,
honor y gloria de Cuenca.

Flo. ¿Traen noticias?

Lu. Ninguna,
de la guerra sólo se habla;
y ansían todos los niños
ser grandes para pelear
contra los fieros peruanos,
que trajeron atrevidos
a Cuenca la feroz guerra.
¡Qué día tan triste aquél!
Los peruanos a caballo
se metieron en la plaza
con mucha tropa de a pie;
pero no va creer, señor,
sólo unos pocos enfermos
del hospital a la torre
de la Catedral subieron;
y desde allí hicieron fuego,
de tal modo que tuvieron
los peruanos que ceder.
¡Qué descos de ser grande!

Ju. ¡Grande yo quisiera ser!

Suc. Niños, no estáis bien aquí
en medio de los peligros,
volveos a vuestra casa,
y contad a vuestros padres
que lleváis en vuestra frente
del General Sucre un beso. (Vanse)
¡Oh pueblo, excelente pueblo!
en cuyo escondido seno
tanto patriotismo se halla.
Generales, ¿no os parece
que esta ternísima escena
es augurio de victoria?

Flo. La figura son del triunfo
estos niños candorosos.

O'Lea. Sí; triunfaremos, señores,
el corazón me lo dice.

ESCENA VI

Generales Flores, Fernando Pasán

Pas. General, un gran servicio
vengo de usted a implorar.

Flo. ¿En qué le puedo servir?

Pas. En que me acepte en las filas,
que están para combatir

contra las huestes peruanas,
que, con ambición grosera,
se levantan orgullosas,
para clavarle puñales
en el pecho de la Patria,
que, con mano generosa,
les arrancó de sus cuellos
la cadena ignominiosa
de espantable esclavitud.

Flo. ¿Y cómo se llama usted?

Pas. Fernando Pasán me llamo,
y no termino la escuela.

Flo. No tiene fuerzas para ir
como usted quiere a la guerra.

Pas. Tengo fuerzas suficientes
para no más de morir.

Flo. Vuelva, Pasán, a la escuela
a entretenerse en los libros.

Pas. General Flores, por Dios,
no me niegue este favor;
porque me siento con fuerzas
de irme con el arma al brazo
a lidiar al aire libre,
defendiendo a mi Nación.
Derrotados los peruanos,
capturadas sus banderas
libre ya mi hermosa Patria
de esta cruel profanación;
tendré tiempo para entonces
volver a coger los libros.

Flo. Fernando Pasán, me alegro
de ver en su tierno pecho
tan sublime patriotismo,
no ha de ser soldado raso;
sino apuesto abanderado
del invencible "Yaguachi".
Aquí tiene esta bandera,
que es la imagen de la Patria,
en cuyos pliegues se ostentan,
al soplo del manso viento,
los tesoros más sagrados:
el cariño de la madre,
la ternura de la esposa,
de la juventud la dicha,
del anciano la esperanza,
la limpidez de su cielo,
la tersura de sus ríos,
el brillo de sus volcanes
y el encanto de sus valles.
Tómela usted en sus manos,
y llévela siempre en alto,

compulsando nuevas tentativas
para la libre de la Patria.

Pas. Emocionado ya tengo
en mis manos la bandera,
a cuyo contacto siento
que corre un fuego sagrado
dulcemente por mis venas
ese fuego que difunde
en el pecho el heroísmo
para abstracción del mundo.
Ya llevaré con honra
en mis manos la bandera
hasta alcanzar la victoria,
y al cargo en el combate
será el paño funerario,
que cubrirá mi cadáver,
para que sea llevado
a presencia de mi madre,
que al verlo llorosa diga,
imprimiendo un dulce beso
sobre mi pálida frente:
¡Feliz hijo, que con gloria,
por defender a su Patria,
murió envuelto en su bandera!

ESCENA VII

Generales Sucre, Flores, Coronel O'Leary

O'Lea. No tiene valor la Mar
de presentarnos combate;
pues se anda con sus soldadas,
que en número son el doble
de los nuestros valorados,
por caminos extraviados,
y tomando posiciones
inaccesibles del todo.

Flo. ¡Qué conquistador famoso!
En sus proclamas decía
que con sus huacales venía
a derrocar a Bolívar;
el cual debía correr
viendo no más las banderas
del ejército peruano.
Tiembra de miedo la Mar
de nuestras armas fulgurantes.

Suc. Sólo con pocas manteladas
hemos derrotado ya
a dos de sus batallones,
a las llamas entregado
su multitud de manteladas,
y destruido por completo
la moral de sus soldados.

O'Lea. ¡Y como dicen algunas,
engañados desde luego,

que La Mar le dió consejos
de Ayacucho en la campaña?

Flo. ¿Y qué las tropas peruanas
derrotaron en Pichincha
a las fuerzas españolas?

Suc. ¿Los consejos de La Mar?
mejor es guardar silencio,
para que, viene al presente
su estrategia, se conozca
si pudo o no aconsejarme
en la brillante jornada,
que tuvo gloriosa cima
en los campos de Ayacucho.
Por lo que toca a la gloria
exclusiva, que se aplican
los charlatanes peruanos,
en las cumbres del Pichincha,
tengo yo que hablar bien claro,
aunque sea a mi pesar,
ya que tanto ellos se jactan:
los mil doscientos soldados,
mandados por el Perú,
no podían igualarse
en valor y disciplina,
y en otras mil cualidades
al siempre claro "Numancia",
que prestaba sus servicios
en Lima por ese entonces,
y adquirió gloriosa fama,
y vino a ser el primero
de todos los batallones
de la espartana Colombia.
Exigí al "Numancia" nuestro,
y al "Numancia" no me dió
el Perú, sino otras tropas,
que a la fuerza y escoltadas,
(Exceptuando el granaderos
y unos pocos del Trujillo)
fueron por primera vez
a contemplar la victoria,
en las breñas del Pichincha
en las bayonetas nuestras,
donde quiera triunfadoras,
y a ceñir sus pobres frentes
con los gloriosos laureles
de los bosques de Colombia.
La conducta de esas tropas
por demás ha sido infame:
sin ninguna disciplina,
que llegó hasta el caso horrendo
de formar el batallón
Trujillo para exigir,
delante del enemigo
en la ciudad de Riobamba,
una res que le faltaba
de la ración ordinaria.
Ollayabar es el Jefe

del Trujillo, tan valiente
que no tuvo igual audacia,
para lanzarse a la muerte
en el fragor del combate,
en los campos del Pichincha.
Nuestras armas contenían
el desbande del Trujillo
del Escuadrón Granaderos,
y además del Cazadores.
El General Santa Cruz,
que ha tenido la osadía
de decir en unos partes
que el éxito del combate
a sus tropas fué debido;
nos abandonó al principio
de la tremenda batalla;
y se asomó cuando el triunfo
brilló en nuestras bayonetas.
Conozco la valentía
de los ingratos peruanos;
y sé que no pueden nunca
triunfar de los colombianos.

Flo. No triunfarán jamás.

O'Lea. Nunca.

Suc. Lo triste es que es imposible,
a causa de la impericia
del pretencioso La Mar,
formar cálculo prudente
sobre sus operaciones.
Intenta tomarse Cuenca
para fácilmente entrar
con Guayaquil en contacto,
en donde se hallan sus fuerzas;
y también comunicarse
con los rebeldes de Pasto.
Pero rehusa el combate;
y debemos obligarle
a que presente en seguida,
vámonos para esto a Cuenca,
pretextando que marchamos
hasta Quito y más allá.
De las tropas enemigas,
que se hallan en San Fernando,
la vanguardia vendrá a Tarqui;
sobre la cual volveremos,
como el huracán furioso
de improviso, y el sepulcro
les abriremos horrendo,
a carga de bayoneta.
¿Qué os parece?

Flo. y O'Lea. Bien pensado.

Suc. Ordene, General Flores,
que la tropa marche a Cuenca.

Flo. Con todo gusto, en seguida.

Suc. Voy hasta eso a despedirme
del señor Cura Toledo.

(Toque de marcha).

ESCENA VIII

Sucre, Cura Toledo.

Suc. Le doy las debidas gracias
por el buen acogimiento,
que en su casa nos ha hecho.

C. T. Ojalá hubiera podido
servirles, como merecen
quienes profesan las armas,
para gloria de la Patria.

Suc. Es necesario partir.

C. T. ¿A dónde?

Suc. Ordenes a Quito.

C. T. ¡Es posible! ¿Y cómo queda?
La desamparada Cuenca?

Suc. Cuenca se defenderá.

C. T. ¿Sin un soldado?

Suc. Sin uno.
¿No recuerda que un puñado
de enfermos la defendió
contra el ataque violento
de un batallón aguerrido?

C. T. Pero mire que las tropas
de La Mar en San Fernando
dicen que están acampadas;
y al saber que usted se ha ido
Para Quito, caerán luego
en Cuenca, como el granizo
sobre dorados trigales.
Le ruego, General Sucre,
por el amor de Colombia,
no nos deje abandonados,
en tan negro desamparo;
no permita que las tropas
del Perú escupan al rostro
de la siempre hermosa Cuenca.

Suc. Las fuerzas peruanas son
doblemente numerosas
que las nuestras colombianas;
y es necesario por eso
ir al Norte, como quiere

el Libertador Bolívar,
para recibir refuerzos
y volver a la pelea.

C. T. ¿Y teme usted, a las fuerzas
numerosas del Perú,
cuando conduce animoso
a los siempre valientes
bayonetas colombianas,
que han brillado triunfadoras,
sin contar otras batallas.
En Pichincha y Boyacá,
en Carabobo y Junín,
las Queseras, el Arauro,
Ayacucho y Maturín?

Suc. Tengo muy pocos soldados.

C. T. ¿El número a usted le importa?
¿El león de la montaña,
que se arroja sobre el valle,
acaso cuenta las reses,
que en grandes manadas pacer?
Nunca las fuerzas peruanas,
por numerosas que sean,
pueden hacerle temblar.

Suc. Así es verdad, señor Cura,
y que agrada el bello ejemplo
del rey de los animales;
más la prudencia me dicta
que salga de aquí de Baños
y hasta Quito me encamine
con mis escasos soldados.
Y a la prudencia me atengo.
La señal ha dado ya
el clarín de la partida.
Adiós, señor Cura.

C. T.Adiós.
El cielo me lo proteja
y me lo traiga con bien,
a sacarnos de las garras,
en que vamos a caer
de los pérfidos peruanos.

Suc. Volveré con dobles fuerzas
a recuperar a Cuenca.

ESCENA IX

Cura Toledo

Se va Sucre a la lejana
hermosa ciudad de Quito,
y La Mar con fuerte grito
a Cuenca entrará mañana.
¡Y es posible que se ciñan,
en nuestros propios cuarteles,

los peruanos con laureles,
y de ignominia nos tiñan?
En las torres elevadas,
con las auras lisonjeras,
han de flamear sus banderas
en triunfo, regocijadas,
Quisiera con hondo afán
que viniera a dividir las
en mil pedazos, y hundirles
en el fango el huracán.
Mañana, tristes, llorosas
por ignotos horizontes
y los intrincados montes,
fugarán madres y esposas;
y las tímidas doncellas,
y los niños inocentes,
con los ánimos dolientes,
seguirán sus mismas huellas.
Antes que ver al peruano
y escuchar sus tristes risas,
vuélvete, Cuenca, en cenizas
con desnudo sobrehumano.

ESCENA X

Cura Toledo, Capitán Torrico.

Tor. ¡Hace poco, aquí en su casa,
estuvo Sucre ¿verdad?

C. T. Tuve la felicidad
de tenerle como huésped
a quien la gloria acaricia
con su mano deleitosa;
y cuya fama se extiende
del un polo al otro polo
aquí en la América entera.

Tor. Pues, si es Sucre el favorito
de la gloria refulgente,
si la fama sus hazañas
pregona con sus trompetas
¿por qué tiembla en encontrarse
con las tropas de La Mar?
¿Por qué huye cobardemente
al ver la sombra no más
de nuestras limpias banderas?

C. T. Huir no puede jamás
de los indignos peruanos,
a quienes la libertad,
que nunca la conocieron,
con su espada les brindó.

Tor. ¿Dónde Sucre, pues, está
y dónde sus batallones?

C. T. Los que han venido con aires
de fuertes conquistadores,

a profanar atrevidos
de la libertad el suelo,
deben saber dónde se halla
nuestro invencible guerrero,
a quien Marte con cariño
su propia espada ciñó.

Tor. Señor Ministro de Dios,
hasta el suelo en donde piso
debe saber, desde ahora,
que es propiedad del Perú;
y así está en la obligación
de darnos estricta cuenta
de todos los movimientos
de las tropas colombianas.

C. T. Nunca lo mal adquirido
es propiedad del ladrón
que queda obligado siempre
a su dueño a restituir.
Y así, mal hace el Perú
en coger lo que no es suyo.
Si quiere los movimientos
del gran Sucre conocer;
no hay sino que en su caballo
montar, y ligeramente
paso tras paso seguirle.

Tor. Le seguiré

C. T.Si es valiente
sígame, no le despieste.

Tor. Pero sepa que mañana
antes de que el sol envíe
sus rayos sobre esta aldea,
en la torre de su iglesia,
flameará nuestra bandera.

C. T. El cielo no lo permita.

ESCENA XI

Cura Toledo.

¡Qué tormenta tan terrible
la que cae desde el cielo,
y le azota al triste suelo,
con fragor indescriptible!
¡Qué noche oscura espantosa,
a la creación rodea;
y el aire relampaguea
con luz pálida y medrosa!
El huracán de los montes
baja al valle enfurecido
y con horrendo silbido
aturde los horizontes.
A los árboles frondosos
los sacude fuertemente,

para que abatan su frente
 hasta el suelo lacrimosos.
 En aquesta soledad
 ¡qué grande Dios aparece,
 sobre todo cuando crece
 la rugiente tempestad!
 ¡Quién al huracán bravío
 le da tanto movimiento,
 semejante al pensamiento,
 con inmenso poderío?
 ¡Quién cuando el rayo descende
 de los negros nubarrones,
 formados como escuadrones,
 peñascos y árboles hiende?
 ¡Quién da voz al ronco trueno,
 que revienta de la nube,
 y el fragor que al cielo sube
 del volcán de furias lleno?
 ¡Oh Señor de las alturas,
 detén, te ruego, tus iras,
 si amor y piedad respiras
 por tus pobres criaturas.
 De toda creación eres el dueño absoluto,
 que te da en justo tributo
 la más grande adoración.
 Nunca los ruegos son vanos:
 por tu dulcísimo nombre,
 ten piedad, Señor, del hombre
 por ser obra de tus manos.

(se oye a lo lejos el toque de la corneta).

¿Es el toque de corneta?
 ¿Quién puede haber tan guerrero,
 que en este fuerte aguacero
 a la marcha se someta?
 El ejército peruano
 será que avanza insolente
 en noche obscura inclemente,
 a oprimirnos con su mano.
 Te ruego, oh Dios, que mitigues
 tu divina indignación,
 y que tengas compasión,
 y airado no nos castigues.
 (Abren la puerta) ¿quién es?

ESCENA XII

Cura Toledo, General Sucre

Suc. El General Sucre.

C. T. ¡Cómo!
 ¿Es sueño o es realidad?

Suc. No se asuste; soy el mismo
 que de usted me despedí.

C. T. ¿Qué pasa, General, venga
 desmonte de su caballo,
 entre, le muestro la luz.

Suc. Mil gracias, señor Toledo.

C. T. ¡Qué noche más tormentosa!

Suc. ¡Qué frío y oscuridad!

C. T. ¿Está mojado?

Suc. Sí; mucho;
 se ha ido el agua hasta los huesos.

C. T. Le daré un poco de lumbre,
 vamos para que se seque.

Suc. Mañana a la luz del sol,
 si es que nos quiere alumbrar.

ESCENA XIII

Dichos, Flores, O'Leary.

Flo. Llegamos por fin a Baños
 ¡Cuánto gusto señor Cura,
 nos da de verle otra vez!

O'Lea. Abrazarle no podemos;
 porque estamos hechos sopa.

C. T. Pero ¿no se han ido a Quito?
 ni pensé que regresaran.
 ¡Vamos! Cuenten cómo han vuelto.
 ¿Cómo, General aquí?

Suc. Oh señor Cura, La Mar
 es cuencano, como sabe;
 y tiene muchos parientes,
 y amigos, que le dan cuenta
 de todos mis movimientos.
 Hoy mismo, que estuve en Cuenca,
 le han avisado que marchó,
 al Norte con dirección;
 y que puede por lo tanto,
 entrar presto en la ciudad.
 Así, el banquete está listo,
 y designados los jóvenes,
 que le han de dar los discursos.
 Sabiendo mi retirada
 duerme tranquilo La Mar,
 en el pueblo de Girón;
 la división de vanguardia,
 que el General Plaza guía,
 de la encañada ha salido
 del Portete, y ha acampado
 en las llanuras del Irquí.
 Con mi falso movimiento

se ha engañado el enemigo,
ahora caigo sobre Plaza,
que se halla desprevenido,
y lo rompo y desbarato,
y cierro con rudo golpe
con las otras divisiones,
que a proteger la vanguardia
han de salir de Girón.

C. T. ¡Magnífico pensamiento!
¿Pero en noche tan oscura?

Flo. ¡Así en noche tenebrosa!

O'Lea. Cuánto el amor a la Patria
da fuerzas a los soldados,
que no sienten los rigores
de los fuertes aguaceros;
y cayendo y levantando,
por baches y tremedales,
vienen a vengar la injuria,
que los pérfidos peruanos
a nuestras armas hicieron.

Suc. Son las doce de la noche;
y debemos ya partir.

C. T. Imposible no se han de ir,
sin aceptarme siquiera
una taza de café.

Suc. Es muy bueno señor Cura.

C. T. No es bondad; debo servirles.

¡Tadeo!

Tad. ¡Señor!

C. T. La mesa prepara inmediatamente,
para servir un café
a estos bravos defensores
de la Patria.

Tad.Está muy bien;
pero con tal que a la guerra
me lleven a mí también.

C. T. Te llevarán.

Tad.Ciertamente;
y mañana las campanas
otros han de repicar.

C. T. Sirve pronto.

Tad.No me tardo.

(Arregla la mesa y trae el café que lo
servirá el señor Cura).

C. T. De cobrarle es, General;
cómo me guardó el secreto
de este sabio movimiento!

Suc. Secretos tiene la guerra,
que deben quedar guardados
en lo hondo del corazón.

O'Lea. Sin secreto no hay victoria.

C. T. Ni victoria sin café.
Voy a servirles, señores.
¡Qué aroma tan delicioso!

Flo. ¿Quién lo prepara?

C. T.Yo mismo
para vuestras señorías.

O'Lea. Es exquisito en verdad.

Flo. Humos tiene de victoria;
y aquí en esta soledad,
en esta noche tan fría,
su café nos da vigor.

Suc. Otras veces les he dicho
que en mi vida de guerrero
mejor café no he tomado
que el de mi señor Toledo.

C. T. No me avergüencen señores,
con tan grandes alabanzas
por una obra tan pequeña.

Suc. Para nosotros es grande;
y un millón de gracias damos.
General Flores, dé la orden
de que las tropas avancen
con dirección al Portete.
El General Plaza se halla
de seguro colocado/
en el Portete del Tarqui,
colina que al cielo se alza,
con una quobrada al frente,
que no deja por su senda
sino a un solo hombre pasar.
Levántanse a su derecha
unas breñas escarpadas
del más difícil acceso;
y a su izquierda un denso bosque,
por entre el cual se desliza
el sendero de Girón.
Como véis su posición
es del todo inexpugnable.

O'Lea. La carga a la bayoneta
de nuestros bravos soldados
no resisten los peruanos.

Flo. Así es Coronel O'Leary;
pero debe a la función
preceder una sorpresa.
Y soy yo del parecer
que ciento cincuenta bravos
escojidos diestramente
de todos los batallones,
nos adelanten, al mando
del Capitán Piedrahita;
que han de lidiar apoyados
por el Escuadrón Cedeño.

Suc. Hágase como usted dice;
y dé la orden de partir.

Flo. Señor Cura, hasta mañana.

C. T. Hasta vernos, General.

ESCENA XIV

Dichos, menos Flores.

(Se oye la señal de marcha)

C. T. ¡Se van en noche lluviosa!

Suc. Así camina el soldado
al sol, al viento, sufriendo
las inclemencias del cielo,
sin más calor que el aliento,
que sale del frío pecho;
y muchas veces sin pan,
con qué entretener el hambre;
pero camina orgulloso
porque sabe que a la Patria,
a quien se debe del todo
le consagra estos servicios.

C. T. Sí; gloriosa es la carrera
del soldado, que se debe
a la Patria únicamente.

O'Lea. Y nos juzgamos dichosos
por tantos padecimientos.

Suc. Mañana cuando la Aurora
se asome por los balcones
del claro y fúlgido Oriente,
con su mano enriqueciendo
las gramas del verde prado,
con las perlas del rocío;
le salpicará con éntas
el manto rojo, que a Tarquí
van a dar nuestros soldados,

Y cuando el sol sus primeros
reflejos dorados mande
sobre nuestras bayonetas,
se encontrará con que en ellas
reluce ya la victoria,
conque, mi buen señor Cura,
un abrazo, y hasta luego.

C. T. Que el Señor le lleve siempre
con su mano poderosa.

O'Lea. Hasta vernos, caro amigo.

C. T. A la luz de la victoria.

ESCENA XV

Cura Toledo y Tadeo.

Tad. Echeme su bendición
para marchar a la guerra.

C. T. Anda muere en la pelea
y defiende a la Nación.

Tad. Preste les nuestro la luz
hasta que a caballo monten.
Adiós, señor Cura.

C. T.Adiós.
Vuelve con una corona
de inmarcesibles laureles.

ESCENA XVI

Cura Toledo.

Se lanzan a combatir,
y mi espíritu se aterra;
porque en la sangrienta guerra
van los hombres a morir.
¿Por qué con desprecio fiero,
llevado de la codicia,
pisotea a la justicia
el enemigo altanero?
De Sucre la fuerte espada
va a caer sobre el portuño,
como el rayo soberano
sobre la grey desconfiada.
Y del Tarquí la corriente
va a quedar enrojecida
con la sangre, que vertida
va a ser abundantemente.
En la guerra cruel flajelo,
monstruo sanguinario horrendo,
que con payorono estruendo
cubre de ruina el suelo.
En este instante se hieren
los hombres con cruel furor;

por tus tormentos, Señor
ten piedad de los que mueren.
Alúmbrales con la luz,
que le enviaste conmovido
al ladrón arrepentido
desde tu sagrada Cruz;
porque todos los humanos,
que en este hondo valle habitan,
y bajo el cielo se agitan,
son hechura de tus manos.

ESCENA XVII

Sucre, Flores y O'Leary.

Soldados, banderas peruanas y colombianas

(Tocan alegres dianas. Claridad del día)

Suc. Era visto que las armas
de Colombia triunfarían.

Flor. Resistencia sorprendente
nos presentó el enemigo,
que me ha cubierto de asombro.
En el fragor del combate
rodó mi alazán herido
al abismo, de un balazo;
y yo salvé por milagro.
¡Oh! qué espléndida victoria!

Suc. General Flores, a usted,
qué gallardo se ha mostrado,
(como en todas ocasiones)
Lo merece y le he nombrado,
sobre el campo de batalla,
General de División.

Flo. Por la Patria, con mi espada,
en estas sublimes rocas,
que serán un monumento
de las glorias colombianas;
acabo de abrir la tumba
del ejército peruano.

Suc. Allí murió para siempre
la esperanza de La Mar,
en el campo de batalla,
cubierto de triste horror,
donde los muertos peruanos
las ofensas han pagado,
lanzadas por sus caudillos,
sobre la faz de Colombia,
y la frente de Bolívar,
Inmortal Libertador.

O'Lea. Con sangre quedan lavadas
las injurias del Perú.

Suc. Desde hoy, Coronel O'Leary,
por su brío denodado
en el rudo batallar,
sobre sus hombros con gloria
brillarán los entorchados
de bizarro General.

O'Lea. Para la Patria que sea
la gloria en Tarqui alcanzada
con mi refulgente espada.

Suc. Coronel O'Leary, llame
a La Mar para que firme
la paz, que le prometí
antes de entrar en combate.

(se va).

O'Lea. Es usted muy generoso.

Flo. Déjeme General Sucre,
acabar con los peruanos;
de manera que ninguno
pueda volver a su tierra.

Suc. La victoria se engrandece
mucho más con la clemencia.

ESCENA XVIII

Generales Sucre y Flores

Suc. ¿Quién, en medio del combate,
colocó nuestra bandera
sobre el alto capulí,
situado a la retaguardia
del ejército enemigo?

Flo. Fernando Pasán, señor.

Suc. ¿El escolar?

Flo.Sí, animoso
envuelto en la oscuridad,
y en el humo ennegrecido
de la pólvora infernal.
Por entre las filas pasa
de las armas enemigas;
y enarbola la bandera
en la verde y alta cima
de un robusto capulí.
Al verla, en la retaguardia,
los peruanos se imaginan
que por todos flancos tienen
soldados, que los atacan;
y, en vergonzosa carrera,
a la fuga se encomiendan.

Suc. ¡Muy valeroso muchacho!

Que se presente Pasán.

Flo. No se le encuentra.

Suc.¿Es posible?
vivo o muerto que me traigan.

ESCENA XIX

Sucre, La Mar

Suc. Satisfecha está Colombia,
su honor ha salido airado;
pero no tiene el deseo
de que se vierta más sangre,
ni se combata sin gloria,
con soldados, que no pueden
defenderse en ningún modo;
porque no fuera combate;
sino horrorosa matanza.
Y así, General La Mar,
movido por la piedad,
llevado por la clemencia,
generoso yo le ofrezco
el verde olivo de paz.

Lam. ¿En qué sentido me ofrece?

Suc. No quiero de ningún modo
de la victoria abusar,
y hasta creo indecoroso,
a Colombia y a su Jefe,
después de aciaga derrota,
humillar más al Perú,
imponiendo condiciones
mayores de las que puse,
antes de que yo alcanzara
esta espléndida victoria,
cuando el Perú presentaba
dobles fuerzas que las nuestras.
De este modo le demuestro
que nuestra justicia ha sido
la misma antes, que después
de esta sangrienta batalla.

Lam. Las bases, General Sucre,
de paz, que usted presentó
antes de entrar en la lid,
no puedo nunca aceptarlas;
porque son indecorosas
y dignas de ser impuestas
a un ejército vencido.
Vuestra Excelencia no ignora
de que fué sólo destruida
nuestra temible vanguardia,
que resistió con vigor
el ataque universal
de las tropas colombianas.
En el llano mis soldados,
a una legua de distancia,
esperan con ansiedad
que continúe el combate;
cuyo fuego interrumpido
fué para oír a Su Excelencia,

proposiciones de paz,
que por ser muy desdorosas,
y onerosas a mi Patria,
jamás las aceptaré.

Suc. Sólo entraron en la lid
mil quinientos colombianos,
contra todos los peruanos.
Frescos están mis soldados;
y en sus bayonetas brilla
con limpidez la victoria.
Si hasta mañana no acepta
la paz, que yo le propongo,
y fué discutida en Oña,
sepa que estos anchos campos
se teñirán de más sangre,
y sembraré de cadáveres;
de modo que ni un soldado
quede con alma en el cuerpo
para pasar las fronteras,
más allá del Macará;
y exigiré el pronto pago
de los gastos de esta guerra,
y la entrega de las armas
y de todas las banderas.

Lam. Las recogerá, si puede,
cuando no haya ni un peruano,
que con honor las defienda.

Suc. Pues, no quedará ninguno,
si no acepta usted la paz.

ESCENA XX

La Mar, Gamarra, Plaza, Torrico herido en el
brazo, soldados,

Lam. Invencibles Generales,
¿qué hacemos en estos trances?
cuando nuestros batallones,
armados para defensa
de sus preciosos derechos,
esperaban con firmeza,
ver coronada su empresa,
por magnífica victoria;
cuando marchaban unidos,
con robusta disciplina;
y todo les prometía
triunfo fácil y seguro
sobre el mortal enemigo
que no osaba resistirles;
imprevistas circunstancias,
fatales sobremana,
cambiaron al improviso
el aspecto lisonjero
de nuestra larga campaña,
en el Portete del Tarqui;
donde la ingrata fortuna
no coronó el entusiasmo,
y el valor de nuestras tropas,
que se cubrieron de gloria,
peleando, con tal denuedo,

que al enemigo aterrado
le obligó a cesar los fuegos,
y a suplicar sumiso
que le diéramos la paz;
pero no ha de conseguir,
mientras un peruano exista,
que con valor le resista,
en los campos del honor.

Gam. Infortunio fué, sí, grande
el ver destruída del todo
nuestra florida vanguardia.
Dispersos dos batallones,
la noche de Saraguro;
pérdidas las municiones;
sin esperanza ninguna
de conseguir repuestos;
temeridad loca fuera
el querernos sostener,
a pie firme combatiendo;
porque sería entregarnos
a una matanza sangrienta,
inermes al enemigo.
Luego, General La Mar,
debe la paz aceptar.

Pla. No de otro modo que el trigo
cae cortado por la hoz
del segador, que lo tiende
en numerosas gavillas;
tal la juventud gloriosa,
del Perú firme esperanza,
cubierta de honor, tendida
en su propia roja sangre,
está en los montes del Tarqui,
que tembló de espanto lleno,
al sentir el rudo choque
de sus armas relucientes,
en el fragor del combate.
Al Perú le ha dado gloria
esta juventud heroica;
más no es posible exponer
la demás gente a la muerte,
y hacer que Tarqui se vuelva
horrendo teatro de sangre.
Juzgo la paz necesaria.

Tor. Así es la verdad; que venga
la paz, la dichosa paz;
pues ya ve que estoy herido,
y no puedo combatir.

Lam. Muramos en la pelea
con las tropas que nos queda.

Gam. ¡Morir! ¿Y con qué esperanza?
¡Muera usted! Vamos nosotros;
y regresemos a Lima.

ESCENA XXI

Dichos, Sucre, Flores, O'Leary

Lam. No por miedo a la derrota

que aún tengo bravos soldados;
sino porque no conviene
que más sangre se derrame;
quiero que comisionados,
por ambas partes nombrados,
arreglen la paz y firmen.

Suc. Mañana la firmarán,
puede a Lima regresar,
usted, General La Mar,
con los restos de sus tropas,
por el camino de Loja,
sin que nadie le moleste.
Y cuente al entrar en Lima
que la paz le he concedido,
en el nombre de Bolívar.

ESCENA ULTIMA

Sucre, Flores, O'Leary, Pasán, soldados, que a
éste le conducen herido en la cabeza

Flo. Tanto buscar le encontramos
al héroe de esta jornada,
a quien muerto se creía.

Suc. Pasán, por su acción brillante,
por haber hecho flamear
nuestra gloriosa bandera
en lo alto de un capulí,
situado en la retaguardia
del ejército contrario;
Sargento Mayor le nombro,
para que pueda mandar,
como Jefe un Batallón.

Pas. Con el alma le agradezco,
mi querido General,
esta distinción que me alza
a un alto grado de honor;
pero si usted mis servicios
a la Patria considera
ser dignos de recompensa;
un sólo favor le pido;
y es que la baja me dé
para crecer escondido,
a la sombra de mi hogar,
en la pobreza dichoso,
cobijado por la paz.

Suc. ¡Oh santa paz, codiciada,
pedida por recompensa
de una hazaña venturosa!
¡Qué gloria para Colombia
el tener de estos soldados,
que han ganado con sus armas
una espléndida victoria!
Levántese una columna
de duro jaspe labrada,
en el campo de batalla,
para monumento eterno
de la derrota peruana.

TELON

Patate, a 16 de enero de 1929.

TARQUI

Drama en tres actos

por el Presbítero Antonio Rodríguez S.

FE DE ERRATAS



ACTO I

Pág.	16	línea	última,	dice:	principal.	Léase:	principia
„	17	colum.	1,	verso	1º:	valor	debe ir en renglón separado,
„	18	„	2	„	5º,	dice:	salientes. Léase: valientes
„	19	„	2	„	41,	„	llegaron „ llegaron
„	21	„	1	„	18	„	beneficios las „ beneficios les
„	22	„	1	„	4	„	usted „ usté
„	22	„	1	„	38	„	fogoso „ brioso
„	23	„	1	„	35	„	destrozados „ destrozadas
„	24	„	2	„	13	„	Tintas de „ Tintas en
„	24	„	1	„	42	„	en donde „ de donde
„	25	„	2	„	45	„	tiene la pretensión. Léase: abriga la pretensión
„	25	„	2	„	51	„	para mí Léase: para mí,

ACTO II

Pág.	21	línea	última,	dice:	principal	Léase:	principia
„	22	colum.	1	verso	6,	léase:	los ríos y las montañas
„	23	„	2,	añádase	al v. 14,	que	dice: y el enemigo se retira huyen do, <i>este otro</i> : espantado de horror muerto de miedo,
„	25	„	1,	verso	44,	dice:	sin freno Léase: sin freno alguno
„	26	„	2	„	17	„	con hermosa. Léase: como hermosa
„	26	„	1	„	27	„	de cualquier desavenencia Léase cualesquier desavenencias

Pág. 27 colum. 1 verso 1 „ de un polo a otro Léase del un polo
al otro polo
„ 27 „ 1 „ 4 „ con un „ son un
„ 28 „ 2 „ 44 „ el Perú „ el Perú nos
„ 29 „ 2 „ 6 „ tratar „ trazar
„ 30 „ 1 „ 15 „ y aunque quise „ y aun quise
„ 31 „ 1 *colóquese el terceto: Cobardes conquistadores, in-*
mediatamente después de: y obligarles a lidiar.
Pág. 31 colum. 2 verso 4 dice: quedará Léase: quedara

ACTO III

Pág. 32 colum. 2 verso 8, dice: y las praderas Léase: y los prados
„ 32 „ 2 „ 16 y 17: inviértase el orden de estos dos versos
„ 33 „ 1 „ 6 dice: obsecado Léase: obcecado
„ 34 „ 1 „ 39 „ Mas, esas „ Mas esas sus
„ 34 „ 2 „ 9: Suprímasele.
„ 35 „ 1 „ 44 dice: para entrar „ para dentrar
„ 35 „ 2 „ 13: Léase: a devorarles hambrientos
„ 36 „ 2 „ 5 dice: Traen Léase: Traeis
„ 38 „ 1 „ 8 „ para que, viene „ para que viendo
„ 39 „ 2 „ 25 „ y que agrada „ y me agrada
„ 40 „ 1 „ 9 „ hundirles „ hundirlas
„ 40 „ 1 „ 36 „ tiembla en „ tiembla el
„ 41 „ 1 „ 42: Suprimanse los paréntesis.
„ 41 „ 2 „ 19 dice: ¿no se han ido Léase: ¿no se iban
„ 42 „ 2 „ 10: Habla el Gral. Flores y no el Cura Toledo
„ 43 „ 2 „ 41 de ruina Léase: de ruinas
„ 44 „ 2 „ 10 dice: Cnel. O'Leary „ Gral. O'Leary
„ 46 „ 1 „ 3 „ suplicar „ suplicarnos
„ 46 „ 1 „ 16 „ de conseguir „ de conseguirnos
„ 46 „ 1 „ 50 „ nos queda „ nos quedan

De las faltas de puntuación nos disculpará el benévolo lector.